

COSMOS

roy rowan

Cosmos

Roy Rowan

Espacio el Mundo Futuro/399

ADVERTENCIA

Los hechos y acontecimientos que, a continuación, se relatan son pura e hipotéticamente imaginarios.

Las diversas nacionalidades de los protagonistas han sido tomadas de esta forma para dar una mayor idea de un hecho, salido de mi imaginación; pero que puede llegar a ser una trágica realidad.

Roy Rowan

«Voz fue oída en Ramá,
Grande lamentación lloro y
gemido:
Rachél que llora sus hijos;
Y no quiso

ser consolada, porque perecieron.»

(del profeta Jeremías.)

PRÓLOGO

El cielo tenía un color grisáceo, triste, de trágicos presagios... Unos jirones de niebla blanquinosa se esparcían por el horizonte como brazos sin cuerpos, como almas de antiguos cuerpos pecadores que vagasen eterna y misteriosamente por un mundo desolado, desierto..., donde todo germen, toda molécula viviente hubiese dejado de existir.

¿Por qué?

¿Por qué el sargento Brian Fullerton se apartó del visor telescópico M—111 y dejó de mirar aquella niebla que parecía penetrar hasta la médula de sus huesos?

Brian Fullerton tenía veintiocho años; era fuerte..., físicamente.

Por dentro, en alma y pensamiento, ya era un cadáver.

Entró en la estancia aislante, donde no podían penetrar los gérmenes nocivos que hubiesen deshidratado su cuerpo, y se quitó la escafandra de vigilancia.

Sus ojos estaban quietos, sin brillo.

¡Ah, si sus tres compañeros de puesto estuviesen allí con él! Hablarían de cosas pasadas, de San Francisco, Denver o Nueva York.

¿Qué más daba una ciudad que otra?

Jimmy era del barrio ex negro de Nueva York, donde unos años atrás se hacinaban unos cientos de miles de personas. Buen muchacho, el tal Jimmy.

¿Y Roberts?

También de Nueva York. ¡Ah, Roberts, el «rubio», siempre tan alegre y animado!

Fullerton los echó de menos. El recuerdo de sus amigos hacía que se le oprimiese el corazón.

¿Por qué tenían que haber muerto?

El sargento meneó la cabeza en un gesto de inquietud y se apoyó en la pared de hormigón armado.

Luz eléctrica...

¡Torrentes de iluminación artificial!

¿Cuándo se iba a acabar aquello?... ¿Por qué duraba tantos años una guerra inútil como aquélla? ¿Acaso los políticos de la Casa Blanca no sabían dar con una solución final?

Todo empezó muchos años atrás, antes de que Fullerton hubiese nacido. Y ¿cuántos hombres habían muerto? Millones, aunque la cifra de bajas en la guerra del Vietnam era cada vez inferior.

Ya no era Vietnam. Aquello era otra cosa que Fullerton no supo definir a sí mismo, pero que lo sobrecogía cada vez que pensaba en ello.

Su país había cambiado muchas veces de Presidente, tantas como soluciones fallidas habían presentado los que antes ocuparon aquel cargo.

Y ¿de qué había servido?

¡De nada!

Cada vez que miraba por el visor telescópico y veía el desolado paisaje formulaba la misma pregunta: ¿De qué había servido?

Primero guerrilleros, luego tropas regulares de Vietnam del Norte y Estados Unidos. Más tarde, evacuación de las gentes civiles, entrada en el conflicto de soldados de la U.R.S.S., y, lo que a simple vista parecía una lucha de pequeños grupos, se convirtió en el desfogue de la «guerra fría» que las dos Potencias más grandes de la Tierra y en el punto de ensayo de las armas más terroríficas y escalofriantes.

Los gérmenes bacteriológicos arrasaron a los combatientes y los convirtieron en piltrafas humanas.

Ya nadie se atrevía a salir de los puestos de observación. Sólo parejas de exploradores hacían pequeños reconocimientos y, la mayoría de las veces, no regresaban jamás, como les había ocurrido a Jimmy y Roberts el día anterior.

Lo único que había claro en todo aquello era que ni Rusia ni Estados Unidos seguirían con tanto derroche de dinero y vidas

humanas.

Corría el año 1974.

Fullerton recordaba la última alocución del Presidente americano hacia su nación: Prometía un rápido fin de la guerra «fría y caliente», un algo portentoso iba a acabar con aquellos problemas de tantos años.

¿Qué era?

El sargento no pensaba en ello, su mente evocaba a sus dos compañeros que ahora yacerían sin vida, descomponiéndose, por lo que años atrás fue una selva y que ahora era un páramo lleno de muerte y de trágicas sorpresas.

Pero ¿y el Gobierno oponente?

Sí, también los soviéticos se deshacían con promesas de paz hacia su maltrecho pueblo.

La amenaza de guerra atómica era inminente, la más leve chispa o fricción podía hacerla estallar.

¿Qué ocurriría entonces?

Fullerton abatió la cabeza apesadumbrado y dejó libre su imaginación: Todos morirían, absolutamente todos. Las defensas que ahora les cobijaban contra las bacterias infecciosas del enemigo, y las suyas propias, no les servirían de nada.

¡Las bombas atómicas caerían del cielo y arrasarían los cinco continentes del planeta! ¡Miles de millones de seres sucumbirían y la Humanidad dejaría de existir!

Quizá unas decenas, a lo sumo unos centenares, lograrían salvarse. Pero ¿y qué harían después en un mundo desolado, condenado por la radioactividad y lleno de cadáveres?

La Luna...

¡Sí, la Luna...!

I

Cabo Kennedy, en la orilla atlántica de la península de Florida.

La superficie de la Base Experimental estaba desierta, como si gigantescas excavadoras hubiesen allanado miles de kilómetros cuadrados, dejándolo liso como la palma de la mano.

Sin embargo, abajo, protegidos por doscientos metros de

hormigón armado, trabajaban y vivían unos cuatro mil hombres entregados a la ciencia y al saber.

Los trabajos en la superficie se habían abandonado por el consabido peligro de guerra nuclear.

Donde no parecía haber vida, unos miles de hombres sudaban copiosamente y se afanaban en terminar algo que parecía haberles absorbido el seso. Se trataba de la promesa del Presidente para su nación:

¡La Luna!

Faltaban minutos escasos para que el cosmonauta elegido penetrase en el cohete y diese comienzo la cuenta atrás de las computadoras.

Muy pocas personas sabían de aquel lanzamiento.

Las más interesadas en el proyecto estaban reunidas en una habitación especial de aquella colmena subterránea.

En primer lugar se hallaban Steve Owen, el principal protagonista de la aventura que había de cambiar el curso de la Historia; Jack Coulter, Presidente de la nación; un contraalmirante en nombre de la Armada y un famoso miembro del Senado de los Estados Unidos.

Todos estaban nerviosos, pero el que menos el cosmonauta.

—Owen... —quiso decir el Presidente.

—¿Señor?

Coulter tragó saliva y se llevó una mano a la garganta como si así pudiera aclarar su voz. Por fin, dijo;

—Owen, he querido ver su salida personalmente.

—Gracias, señor...

—No me las dé. Es a usted a quien debemos estar agradecidos. Sabe tan bien como nosotros que este lanzamiento ha sido anticipado y, por lo tanto, sus límites de seguridad se han visto considerablemente mermados.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien.

Steve Owen era joven, ni rubio ni moreno; un color de pelo indefinido y una estatura elevada. Conocía toda clase de luchas personales, campeón de tiro a pistola y poseía un cerebro muy brillante.

—No sabe cuánto nos desagradaría un..., un fallo, Owen.

—Dentro de unos días estaré aquí de vuelta, señor.

—Sí...

Owen pareció crecer ante la dudosa expresión del propio Presidente de la nación. Sin embargo, si Steve supiese cuánto se jugaba en aquella baza de seguro que estaría tanto o más intranquilo que Coulter.

—Será un orgullo indescifrable el colocar la bandera de «Barras y Estrellas» por los picos más altos de la Luna.

—Me gustaría ir con usted, Owen.

—Gracias, señor Presidente.

—Sí, lo digo en serio...

—Cuando las leyes de seguridad lo permitan, iremos en una de las Bases Espaciales —intervino el jefe de toda la Flota estadounidense.

—Ya he visto que las tienen preparadas.

—En efecto, Steve; en cuanto se confirme su buen estado de salud, enviaremos las naves.

El cosmonauta frunció el ceño.

¿Por qué tanta prisa? Había observado las desmanteladas piezas de una gran base lunar que los científicos pensaban transportar a la Luna, después de su llegada.

Y unos objetos alargados y redondos, como enormes lápices.

¿Para qué era todo aquello?

Por un instante, Owen se preguntó si no habría en todo aquel asunto algo que él desconocía por completo.

Mentalmente, apartó sus dudas. Aquél era el segundo intento, pues en el primero se estrelló la nave y pereció el cosmonauta. Fue un hecho desagradable, que retrasó dos años el lanzamiento del que él era protagonista en aquellos instantes.

—Si la nave aluniza según lo previsto, el regreso será seguro —añadió Owen.

—¡Los mejores científicos del mundo han repasado el más insignificante detalle en cientos de ocasiones! —exclamó el Presidente.

—En veintidós horas me comunicaré con ustedes desde nuestro satélite.

Owen dijo «nuestro» con una seguridad total.

—Los rusos comprobarán su fracaso, señores —dijo el miembro del Senado.

—Dejarán de importunarnos de una vez para siempre... ¡En una semana la primera base lunar estará dispuesta para lanzar cohetes con cabeza atómica!

Owen se rascó el mentón. Él no entendía de política, ni le interesaba; pero comprendía los deseos de los hombres que tenía ante él. ¡La primera Potencia que dispusiese de armas nucleares en la Luna sería la todopoderosa de la Tierra!

¿Era justo?

Y de no serlo, ¿qué pensarían los rusos mientras tanto?

Eso no importaba... El que antes dispusiese de armas atómicas en el satélite llevaría la voz cantante.

Ya no habría peligro de guerra nuclear porque uno de los dos bandos llevaría la ventaja considerable de poseer una colonia sin peligro a la radioactividad.

Una luz se encendió en una de las paredes a pequeños intervalos, al mismo tiempo que un timbre hacía llegar su sonido hasta los reunidos.

Era el aviso de que Owen debía de estar listo.

Los cuatro se pusieron en pie. En aquel instante, lo mismo que en otras ocasiones a lo largo de la Historia, un grupo muy reducido de personas iba a decidir el destino de miles de millones de seres.

—Suerte, Owen; el mundo confía en usted...

—Soy consciente de ello, señor Presidente.

Un apretón de manos y la despedida de los demás personajes.

Luego Steve Owen abrió la puerta, casi invisible en la pared, y salió. Al otro lado le esperaban dos individuos más, ataviados con blancas e impecables batas, que se le situaron a ambos lados y caminaron en silencio por un pasillo que parecía interminable.

Descendieron por unas escaleras y anduvieron por otros pasillos, hasta llegar a las entrañas del refugio subterráneo.

Una quietud absoluta rodeaba el ambiente y, sin embargo, miles de submarinos atómicos y aviones de bombardeo «B—123»[1], capaces de estar volando sin tiempo indefinido gracias a un combustible sintético de reciente invención, estarían en completa alerta...

Una señal y el mundo volaría en pedazos.

* * *

Steve Owen penetró en la nave espacial, instalada en la proa de un cohete de más de doscientos metros de altura, y los técnicos se encargaron de cerrar las escotillas.

Luego, todo el mundo se apartó de allí y corrió a los refugios.

¡La cuenta atrás había dado comienzo y las toberas de la nave pronto soltarían torrentes de gases y llamas!

Los segundos pasaron lentamente.

De pronto, un rugido terrorífico sacudió el moderno Cabo Kennedy y el cohete con destino a la Luna empezó a remontarse, hasta que, de repente, tomó una inusitada rapidez y se perdió de vista.

Tras él quedó una estela de fuego.

A partir de entonces, era un hombre, uno sólo, el que habría de decidir muchas cosas.

Cabía la posibilidad de que Owen llegase a ser el único superviviente de la raza humana. Todo entraba en lo posible.

¿Qué pensarían los soviéticos cuando sus radares detectasen la salida del artefacto? ¿Pensarían que se trataba de un ataque y pondrían en juego toda su fuerza demoledora?

No...

¡Se limitarían a mirar intrigados el objeto que se alejaba de la atracción de la Tierra!

II

Novosibirsk, en la estepa norte de Siberia, era uno de los complejos industriales y de investigación científica más importante de la U.R.S.S. Los sabios más afamados del dominio comunista estaban allí, derrochando su inteligencia y saber.

Unas horas antes, habían sido testigos de lo que ellos consideraban una de sus mayores proezas. ¡Acababan de mandar a dos humanos a la Luna y estaban seguros del éxito!

El Soviet Supremo se había reunido en Consejo extraordinario y observaba, a través de unas modernísimas cámaras de televisión, todo cuanto hacían y hablaban los dos astronautas rusos.

La emoción era indescriptible.

Según ellos los americanos estaban muy distantes aún de hacer lo que estaban viendo.

Dominarían la Luna y, desde ella, la Tierra.

¿Cómo iba a atreverse Estados Unidos a desencadenar un imprevisto ataque nuclear si ellos mantendrían en órbita centenares de naves con armas nucleares y con una base inexpugnable, situada en el satélite natural?

¡Imposible!... Ellos habían ganado la batalla.

Seguramente que en Indochina, Vietnam o el sudoeste asiático, como quiera llamársele, habría en aquellos instantes un sargento llamado Iván o Fedor, que al igual que el sargento Fullerton, se lamentaría de la muerte de unos compañeros sin comprender el porqué de todo aquello.

Un hombre más que abatiría la cabeza, desfallecido interiormente, y se preguntaría cómo el mundo podía estar tan loco..., ¡no ver el trágico camino que seguía la Humanidad!

Cualquiera de aquellos insignificantes seres hubiese dado su vida por demostrar que todo era una locura..., que no hacía falta la Luna para seguir viviendo.

Pero no. El mundo estaba trastornado.

¿Y si todo resultara un fracaso?

Una de las salas de conferencias del Kremlin se hallaba abarrotada de hombres y mujeres. Todos los rostros miraban hacia una pared donde, mediante un complicado proceso, se veían las agrandadas imágenes de los dos cosmonautas.

Los rostros estaban resplandecientes, las sonrisas se regalaban como el vino en una orgía medieval, los corazones henchidos de satisfacción y en las mentes unos futuros sumamente prometedores, claro está, con el pleno dominio de la Tierra.

Hasta ellos llegaban las voces de los personajes que iban a realizar sus sueños. Los cosmonautas tenían un timbre sosegado, tranquilo.

¿Para qué preocuparse cuando tenían en su mano todas las posibilidades de vencer?

¡Jamás en la Historia existiría un país tan poderoso como el de la nacionalidad de aquella nave interplanetaria!

¡El sueño de millares de años se había consumado!

El hombre, dirigido desde Moscú, sería el dueño del Universo.

Descubrimientos inimaginables, adelantos prodigiosos, «homo—súper»...

Todo... ¡Aquello lo significaba todo!

Los reunidos estaban silenciosos, sólo sus mentes atendían a las palabras de los cosmonautas y a sus propios pensamientos de grandeza y poderío...

¡Poder!

¿Cuántas razas se han perdido a lo largo de Historia a causa de sus ansias de poder?... Imposible recordarlas a todas.

Las voces sonaban como clarines de triunfo…

—¿Todo bien, Valya?

—Sí, Alexiev. ¿Y tú?

—Estupendamente. Mejor aún lo estaré cuando pisemos la Luna.

—Es verdad, camarada.

—¿Ves ya el satélite?

—Sí, parece una bola de billar a la que se puede alcanzar fácilmente con una mano.

Ambos personajes eran vistos en la Tierra de espaldas.

¡Ni el descubrimiento de América por Cristóbal Colón podría igualarse a aquellos enervantes momentos!

—La tenemos en la mano, Valya.

Una risita femenina, llena de gozo y...

—A cinco horas de viaje, Alexiev.

—Cierto, camarada Valya... ¿Sabes una cosa?

—Di.

—Me gustaría ver las caras de los «yanquis» cuando se enteren de que estamos en la Luna. ¡Deberían haber puesto unas cámaras secretas para observar las expresiones de sus rostros!

—Puedes imaginártelas.

—Mi deseo es ser el primer habitante de la Luna.

—Ya lo seremos los dos...

—No —cortó rápidamente el cosmonauta —, quiero decir que resida en el satélite indefinidamente.

—A mí también me gustaría.

Estaban situados en compartimientos distintos y hablaban por medio de radio. Ciertas máquinas se encargaban de enviar a la Tierra todas sus reacciones corporales.

Los rusos, al contrario de los americanos, insistían en que el sexo

masculino podía tener distintas reacciones que el femenino, y de ahí que hubiesen enviado un ser de cada género.

Ambas Potencias lo habían previsto todo menos una cosa:

¡Las dos astronaves se juntarían en la Luna, seguro cada tripulante de haber sido el primero!

¿Qué ocurriría entonces, cuando se viesen en el satélite y naciera la duda sobre la supremacía de haber llegado los primeros? Aunque cabía la posibilidad de que no se viesen en meses enteros.

El Destino, a veces, sabe jugar malas pasadas. ¡Sin embargo, en aquellos instantes toda la Humanidad estaba en juego!

Lo que ni americanos ni rusos podían prever era el que el asombro iba a ser mutuo, que sus ansias de poder y orgullo iba a quedar supeditado a las reacciones de tres personas, dos hombres y una mujer.

El hombre salía de lo que siempre había sido su mundo. ¿Acaso la ambición iba a desbordar los límites de lo posible?

* * *

Mientras todo aquello sucedía y sólo unos grupos escogidos de personas eran conscientes de la importancia del momento, ¿qué haría el mundo, la gente, las personas de cualquier esfera social?

El señor Smith compraría su periódico a la salida de su oficina y se encaminaría hacia el «elevado», interesándose en las noticias de su equipo favorito de «Football».

Otro señor Smith leería con avidez las declaraciones de un inminente político y esforzaría un poco su mente antes de decidir si tenía razón o no.

Otros, muchos otros, correrían hacia sus casas, se internarían en las salas de diversión, o mil preferencias distintas.

Ninguno de ellos podría imaginar que sus vidas, sus destinos y sus futuros estaban en juego, que habían tomado parte en una danza de peligro e incertidumbres.

¡Que la reacción de un hombre podía decidir sus vidas o sus muertes con una facilidad espantosa!

La vida en la Tierra seguía, millones de seres se movían en una impresionante colmena de las más diversas ramificaciones.

Entre todos, sólo había una cosa en común:

¡Vivir!

III

Steve Owen manipuló en los cohetes de dirección, al tiempo que se sentía feliz, inmensamente feliz. En aquellos instantes, empezaba a orbitar alrededor de la Luna...

¡Se hallaba frente al lado invisible de ésta y el espectáculo era maravilloso!

—«Pez—espada» llamando a «Caimán».

—Adelante, «Pez—espada».

—Cuídese de mandar datos... Repito...

—No hace falta, me siento muy bien.

—¿Gravedad?

—Nula.

Owen, a no ser por lo reducido de la cabina de mando, hubiese podido saltar como una pelota.

—¿Presión sanguínea?

—Normal.

—¿Memoria?

—¿Quiere que le diga lo que cené ayer? —respondió Steve, después de haber soltado una risita.

—Es innecesario. ¿Cómo anda de combustible?

—He gastado menos de lo previsto.

—Estupendo. ¿Qué ve?

—Cráteres y una llanura rocosa que parece desierta. La luz es pobre. El sol apenas ilumina este lado, pero pronto entrará el satélite en su día lunar.

—Vaya descendiendo lentamente.

—A la orden.

La cápsula estadounidense «Liberty» y sus dos cohetes para el regreso describieron una amplia curva hacia la izquierda y la proa se enfiló hacia la superficie lunar.

Owen tenía que calcular muy bien el tiempo y la distancia, aunque las computadoras instaladas en la Tierra le iban marcando el camino y las diferentes maniobras que debía hacer.

Tal y como se acercaba al satélite, la nave iba girando sobre sí

misma, de manera que cuando tocase tierra firme cayese de pie.

—Inclinación ochenta grados.

—Reducir velocidad.

Steve obedeció la orden al instante.

Una sensación de incógnita, de intranquilidad, empezó a invadirle. Los diminutos orificios que viera horas antes en la lejanía se habían convertido en bocas de impresionantes volcanes.

Unas murallas de roca, como circos antiguos, formaban desoladas llanuras y valles.

Su respiración se alteró considerablemente. ¡Era la emoción de creerse el primer humano que pisaba la Luna en plena facultad de sus sentidos mentales!

—¿Distancia? —pidieron desde la Tierra.

A Steve le bastó una mirada en las esferas luminosas del tablero de mandos para contestar:

—Mil metros.

—¿Velocidad?

—Reduciendo. Caída según lo previsto.

—Estupendo, Owen. Tranquilícese...

—Gracias.

—¿Distancia?

—Setecientos.

—¿Atracción?

—Normal.

A partir de aquel momento, Steve se limitó a comunicar su proximidad al suelo lunar. El punto de descenso había sido debidamente escogido en lo que parecía una llanura muy extensa.

Naturalmente, sólo lo parecía. Al cosmonauta le tocaba asegurarse de ello.

—¡Cincuenta metros!

Su voz fue como un rugido de ultratumba.

La emoción impidió a Owen balbucir palabras. Todos sus sentidos estaban puestos en las agujas indicadoras de altura. Automáticamente, unos pies mecánicos se habían desprendido de los costados de la nave.

—«Caimán», comunique...

Owen estaba como trastornado. En su mente sonaban las palabras del operador de la Tierra, pero no las oía.

—«Caimán»...

De pronto, Steve notó que su cuerpo se apretaba contra el sillón en que se hallaba colocado.

¡Había alunizado!

Respiró hondo. Las venas de su cuello se habían hinchado.

—¡«Caimán», diga...!

—¡Paro motores!... ¡He llegado!

Los auriculares enmudecieron durante unos segundos. Luego, una voz ronca gruñó:

—¿Todo bien?

—¡Perfectamente!

—Observe si la nave ha sufrido algún daño...

—¡Ninguno!

Owen miraba obsesionado por las ventanillas de la «Liberty».

Con gestos rápidos, se colocó la escafandra.

—¿Qué hace, Owen?

—¡Voy a salir!

—Espere...

Steve soltó un juramento y se aferró al sillón de mando. La nave iba provista de cámaras de televisión y radio, por lo que todos sus movimientos eran vistos y estudiados en Cabo Kennedy.

Ardía en deseos de abrir la compuerta y salir..., ¡pisar lo que nadie había hollado anteriormente!

Miró el arma de que le habían provisto: una especie de pistola—fusil con descargas de luz, tan potentes que reducen a cenizas cualquier cuerpo de la Tierra.

Un arma que no se usaba para fines bélicos en la Tierra por considerársela demasiado terrorífica.

Owen la tomó. Tenía una empuñadura que se amoldaba perfectamente a la mano. Había efectuado algunas pruebas con ella en los Estados Unidos, pero preferiría cualquier cosa antes que disparar, con ella, contra alguna persona.

—Aquí «Caimán» —dijo—, en espera de órdenes.

—Ya puede salir... Manténganos al corriente de todo lo que vea.

—Así lo haré.

Steve abrió la compuerta.

Inmediatamente, notó que su cuerpo se había vuelto pesado, aunque mucho menos que lo normal.

—Es como si pesara diez kilos y tuviera la fuerza de un gigante —comunicó.

—¿Cómo funciona el sistema de respiración?

—¡Perfecto!

Allá, en aquella esfera redonda situada a 400.000 kilómetros de distancia, sus compañeros debían estar muy contentos. Coulter, el Presidente, estaría pensando que tenía ganadas las próximas elecciones. Steve Owen ignoraba que a unos cuantos kilómetros, sobre la superficie lunar, un hombre y una mujer tomaban fotografías y las enviaban a Novosibirsk, Siberia.

—¡La Luna es nuestra! —gritaban los tres a la vez.

Pero ¿qué ocurriría cuando uno de los dos observase la bandera del contrario sobre un pico montañoso?

¿Y qué había en la Luna?

¿Qué sucedería cuando los Presidentes de ambas naciones viesen sus deseos frustrados?

También era posible que no llegasen a verse durante días, semanas o meses. Que los dos a la vez notificasen al mundo su posesión de la Luna.

Aquello sólo serviría para empeorar más aún las cosas...

¿Guerra total?

Posiblemente sí..., o quizá no.

El astronauta estadounidense salió de la nave «Liberty» y pisó «luna firme». Bastaba una leve presión con uno de sus pies para que se levantase un par de metros.

El arma que tenía en la mano derecha le pareció un verdadero fastidio.

Todo estaba desierto. Una fina capa de polvo se elevaba bajo sus pies y descendía lentamente, como si fuese un «film» a cámara lenta.

Steve Owen se sintió el hombre más dichoso del mundo.

¿Les sucedía lo mismo a Valya Grigorieva y Alexiev Glinka?

* * *

El comandante Alexiev descendió por la escalerilla adosada al navío espacial y se acercó a su compañera de viaje.

—Valya, ¿has escuchado las palabras del jefe del gobierno?

La aludida, una joven rubia, natural de Ucrania, el país del trigo, sonrió. Sí, las había escuchado perfectamente.

Su compañero había ascendido a coronel y ella, al ser científico, a personaje distinguido de la U.R.S.S. Los dos estaban extremadamente contentos, pues el éxito había sido rotundo.

—Me siento muy feliz, Alexiev…

—Yo también… Esto es realmente maravilloso.

—¿Qué tal te parecerían unas vacaciones en la Luna?

Los dos rieron dentro de sus escafandras. De pronto, la muchacha flexionó las rodillas y su cuerpo se elevó sobre la cabeza de Alexiev con una tranquilidad pasmosa y cayó al otro lado de éste.

Sólo el polvo cósmico revoloteó a los pies de Valya.

Al igual que Steve Owen, los astronautas soviéticos soñaban y soñaban. Ahora, con absoluta realidad, sus mentes podían volar hacia puntos que de pensarlos días antes ellos mismos se hubieran llamado locos.

—¿Cuánto durará la fase experimental, Alexiev?

—Un par de días.

Valya volvió a saltar regocijada.

Podían caminar libremente durante dos días, al término de los cuales llegarían otras naves y vehículos espaciales para viajar por aquella quebrada superficie.

—¿Piensas que haya alguna clase de vida? —preguntó él, quedándose un poco serio repentinamente.

—No, no lo creo.

—Podíamos crearnos enemigos… ¿Y si las piedras fueran seres vivos que nos estén espiando?

Los ojos de Valya chispearon.

—¿De qué te ríes?

—De ti…

—¿Ah, sí?… ¿Por qué?

—Perdona, camarada Alexiev; pero tus palabras han soltado mi hilaridad.

—¿Piensas que no puede ser posible?

—No, estoy de acuerdo en que cualquier cosa puede ser real, pero he reído al tomar como ejemplo a una roca.

—Ya… ¿Qué te parece si diésemos un paseo?

—Estupendo, Alexiev.

—Te apuesto algo a que jamás te han hecho una invitación como éste, Valya.

—No hace falta, perdería.

La muchacha se diferenciaba del hombre por sus pasos más frágiles y cortos, aunque en aquellas circunstancias no era problema puesto que ella podía dar un salto y alcanzarlo rápidamente.

—Me gustaría encontrar alguno de nuestros satélites no tripulados, de los muchos que se han estrellado en esta parte de la Luna.

Caminaron lentamente, estudiando todo a su alrededor e inclinándose a menudo para tomar una piedra y mirarla con arrobo. Por el lado este tenían una cordillera montañosa, de unos seis mil metros de altura. Las laderas eran escarpadas.

Un silencio absoluto lo envolvía todo.

Ellos caminaban contentos, pero no sabían que el peligro, de una forma casi irreal, acechaba sus pasos.

—Debemos tomar muestras, Valya.

—Sí, pero eso puede esperar. ¿No te parece?

Alexiev dudó:

—Bueno, no creo que piensen así en Novosibirsk.

—Nos estarán escuchando y sabrán hacerse cargo de la emoción que sentimos.

Alexiev fue a decir algo, pero, al recordar que sus palabras serían oídas, calló. Mentalmente, se dijo que no le gustaría que lo degradasen con la misma celeridad que lo habían ascendido.

Él era militar, no científico como Valya.

En aquel preciso momento, una voz ronca y lejana llegó a los oídos de ambos:

—Regresen a la nave y tomen los registradores de radiactividad. Es una orden.

—Sí, señor —replicó Alexiev. Y añadió—: ¿Vamos, Valya?

—Sí, espera…

Dieron media vuelta y se acercaron al ingenio que les había traído. Éste era un poco más alto que el americano debido a la diferencia de combustible. El ruso ocupaba más lugar.

—Aguarda aquí —indicó Alexiev, aferrándose a la escalerilla.

Valya se detuvo en espera de que su compañero le entregase los

aparatos electrónicos. En la nave habían unos compartimentos especiales en los que deberían colocar muestras de toda clase de mineral o vida que encontrasen.

La joven escuchó cómo desde Siberia ordenaban a Alexiev que tomase las armas de a bordo.

Tenían unas metralletas especiales, de balas explosivas y que salían a una velocidad triple de lo normal, para contrarrestar la falta de gravedad de la Luna.

El cosmonauta apareció en la escotilla cargado de instrumentos, que Valya le ayudó a llevar.

¿Qué pretendían los altos dirigentes concentrados en Novosibirsk?

—¿Crees que debamos tomar las armas?

—Así lo han ordenado, Valya.

La muchacha hizo un gesto de contrariedad y se cargó al hombro una de las metralletas. Con las manos tomó uno de los registradores de radiactividad.

—¿Por dónde empezamos, Alexiev?

—De momento, daremos una vuelta a la nave.

—¿Quieres asegurarte el billete de regreso?

El hombre soltó una risita.

—Desde luego.

Dieron una vuelta completa a la nave y los registradores permanecieron silenciosos, señalando que la radiactividad era nula, por lo menos en aquel punto.

—¿Caminamos hacia aquellas montañas? —indicó Valva.

—No, será más conveniente que lo hagamos por el llano. De momento, aunque todo vaya bien, no podemos confiarnos demasiado.

—Me gustaría encontrar otros seres, Alexiev.

—¿Y conversar con ellos?

—Sí.

De no ser por los trajes espaciales los dos cosmonautas se hubieran puesto a bailar de contentos.

Bruscamente, Valya se puso lívida y levantó un brazo, señalando hacia el horizonte, a través de la inmensa llanura que tenían ante ellos. De momento, la muchacha no pudo balbucir una sola palabra; luego, exclamó:

—¡Mira, Alexiev!
—¿Qué?
—Allí, delante de nosotros...
—¡Diablos!
¡Una polvareda se elevaba lentamente hacia el cosmos!
—¿Qué piensas que pueda ser? —indagó Valya.
—No se puede precisar.
Hasta ellos llegaron las voces de los científicos de Siberia. Las voces eran nerviosas, enervantes:
—¿Qué ven?... ¡Pronto, comuniquen!
—Algo parecido a una tempestad de nieve o de arena se levanta frente a nosotros —se apresuró a responder el hombre.
—¿Muy lejos?
—Unos siete kilómetros... Es muy difícil precisar las distancias desde el punto en que nos encontramos... Esperamos órdenes.
—Regresen a la nave inmediatamente.
Alexiev fue a dar unos pasos atrás, pero la voz de Valya le contuvo:
—Espera... ¡Parece que se disuelve!
—¡Es cierto! —corroboró Glinka.
—Si entramos en la nave no lo podremos ver con tanta claridad —adujo la joven ucraniana—. Solicito permanecer en este punto.
—¿Estás loca? —increpó él.
La voz de la base de Novosibirsk obligó a Valya a dejar sin respuesta las palabras de su compañero:
—Permiso concedido, pero tengan cuidado.
—Mira, Alexiev; se disuelve progresivamente. ¿Piensas que pueda ser una tormenta de polvo?
—¡Imposible!... Aquí no hay atmósfera, ni nubes.
Los dos callaron.
La pregunta era obvia: ¿Qué podía ser, entonces? Poco a poco, el polvo fue desapareciendo hasta esfumarse por completo. Valya y Glinka quedaron allí como petrificados. El militar se encargaba de comunicar a la base todo cuanto sus ojos veían.
—¡Debíamos subir a la nave e intentar acercarnos a aquel punto!
—Gastaríamos el combustible de regreso..., y puede ser muy peligroso. Recuerda que para hacerlo habría que orbitar de nuevo. Nos llevaría mucho tiempo.

Después de la sorpresa que les había producido la extraña tormenta que tan repentinamente se había desintegrado, les quedó la incertidumbre, lo peor que puede suceder a una persona que se siente sola...

Y mucho más siendo los primeros humanos que habían pisado la Luna.

¿O llegó primero Steve Owen?

Los astronautas soviéticos se miraron a través de las mascarillas de las escafandras.

«¿Qué hacer?», se preguntaban ambos.

IV

Steve Owen depositó el arma sobre un saliente rocoso y se agachó para ir recogiendo pedazos de roca, posibles meteoritos, y meterlos en una bolsa plástica.

Cuando tuvo ésta llena regresó a la nave y tomó otra y varias banderas de su nacionalidad. Su andar le recordaba a los simios de la selva y no se equivocaba porque había bastante similitud.

Empezó a buscar rendijas en las rocas y fue colocando las banderas. Recordaba la voz del Presidente al felicitarle. Seguro que las cámaras de televisión de la nave estaban siguiendo sus pasos.

Se sintió más orgulloso que los más afamados artistas del cine mundial.

El reportaje en el que él se veía colocando la bandera estadounidense en la Luna sería visto por millones de seres.

—¡Deténgase, Owen! —sonó la voz en los auriculares.

—¿Por qué?

—Está saliendo de nuestra vista.

—Ah, yo... Me gustaría seguir adelante. Todo está desierto y no hay peligro alguno.

—Espere.

Steve se imaginó al operador comunicando con los jefazos de la nación y pidiendo permiso en su nombre para salir fuera del alcance de las cámaras.

A los pocos segundos, añadió:

—Bien, puede seguir.

—Gracias...

Owen siguió adelante. Las montañas que había a su derecha estaban demasiado lejos, pero a unos quinientos metros existía algo similar a una meseta de la Tierra.

Un buen lugar para poner una flamante bandera.

Sin decir palabra, se encaminó hacia allí. Sabía que su obligación era obedecer las órdenes, pero... ¿Quién sería capaz de resistir tan subyugante llamada?

Además, una vez fuera de la visión de los hombres de la Tierra podía alejarse todo cuanto quisiese, pues diciendo por la radio que estaba cerca nadie podría dudarlo.

«¡Al cuerno con las órdenes!».—se dijo—. «¡Por primera vez en mi vida soy libre de mis actos!».

Al igual que Valya, comenzó a dar saltos y su marcha hacia la meseta fue rápida. Parecía un saltamontes.

En una de las veces que subía sus ojos distinguieron algo que le llamó la atención. Eran como dos puntos que se moviesen en la lejanía, en dirección también a la meseta.

Venían hacia él.

Owen se dejó caer en el suelo lentamente.

Ahora sintió miedo. Debía comunicar a Cabo Cañaveral, pero...

¡De hacerlo le ordenarían regresar rápidamente a la nave y tener los motores en marcha para cualquier eventualidad!

Sabía que sus compatriotas tenían ya una base preparada. La mandarían con otras naves y otros hombres y existiría la primera ciudad de la Luna, aunque él no estaba al corriente de que sería una base nuclear, no un centro científico.

Y ahora aquello...

El contacto del arma le reconfortó enormemente.

Fuera lo que fuese, no resistiría una descarga fulminante. Incluso las piedras se derretían bajo los efectos de aquella arma.

Le invadió una sensación de ahogo. ¿Sería él el primero en observar seres extraterrestres? ¿Cómo serían física y mentalmente?

Se dispuso a esperar.

Aquello podía acarrearle la muerte, pero estaba allí y no podía marcharse como un conejo asustado ante algo que muy factiblemente podía ser una visión.

Los minutos fueron tensos y extremadamente largos.

Luego, aclaró las formas de los dos puntos hasta…

Parecían seres humanos.

La sorpresa lo dejó anonado, pasmado como un colegial. La respiración volvió a alterársele.

¡Serían selenitas de la misma constitución corporal que los terráqueos?

Podían poseer armas desconocidas para él, alguna cosa que le causase la muerte sin que él pudiese defenderse. La curiosidad volvió a mandar en él. Lo que hacía podía costarle muy caro, pero estaba decidido a llegar hasta el fin de aquella incógnita.

Sus ojos, como bolas brillantes, no se apartaban de las figuras.

Gateó hacia atrás, procurando no pisar demasiado fuerte por no verse impulsado hacia el vacío y se ocultó en la vertiente de la meseta.

Los otros venían en línea recta, por lo que a él le bastaba dar un rodeo para tomarlos por la espalda y encañonarlos con la pistola desintegradora.

¿Y si regresase con dos rehenes?

El triunfo sería completo.

Owen obedeció sus propios impulsos y continuó ocultándose y dando el rodeo.

Habría pasado una media hora, cuando sintió ruidos. Le parecieron cañonazos dentro de su cerebro, acostumbrado éste al completo silencio del cosmos.

Tragó saliva y, de pronto, se impulsó hacia arriba.

La sorpresa fue general, ¡indescriptible!

Owen creyó que la sangre se le helaba en las venas al ver bajo él a dos personajes con trajes espaciales muy parecidos al suyo y con las insignias de la U.R.S.S. en las escafandras.

Y no menos boquiabiertos estaban Valya Grigorieva y Alexiev Glinka, al ver aparecer sobre ellos a un ser humano con la bandera de los Estados Unidos en el pecho.

¡Aquello era lo más sorprendente que ninguno de ellos pudo imaginar!

Claro que, como es de suponer, tanto el americano como los dos rusos pensaron que sus adversarios llevaban ya tiempo allí. De lo contrario, era incomprensible.

—¡Ohhh…!

La exclamación provino de la linda boca de Valva.

Alexiev se vio bajo la amenaza de la pistola de Steve. No había guerra oficial entre los dos países y, particularmente, ni uno ni otro tenían algo en contra, pero no podían olvidar muchas cosas.

El joven ruso estaba boquiabierto. Quiso decir algo y las cuerdas vocales, agarrotadas, no le respondieron.

Mientras, Steve había alunizado.

¿Qué podía hacer él?

La escena, dentro de su patetismo y estupor, tenía un punto de cómica.

Habían llegado y explorado creyendo ser los únicos y de repente se encontraban allí con las personas que menos hubiesen deseado ver.

El cerebro de Owen trabajaba a marchas forzadas. No sabía qué hacer, los rusos podían estar instalando bases en la Luna, cabía la posibilidad de que hubiesen llegado mucho antes.

En la Tierra le darían órdenes.

La segunda sorpresa de Steve fue comprobar que uno de los rusos era una mujer y, a juzgar por su rostro, un verdadero monumento.

—«Pez—espada»…

—Aquí «Pez—espada»…

La voz de Owen tenía matices de demencia.

—He encontrado a dos rusos.

—¿Cómo dice?

—¡Dos rusos!

* * *

Coulter, el Presidente; y los tres personajes que habían junto a él se dejaron caer sobre los respaldos de los sillones completamente desconcertados.

Hasta entonces, habían estado viendo el «paseo» del astronauta y su conversación con los científicos.

La máxima autoridad de los Estados Unidos, Coulter, palideció de tal manera que en pocos segundos su rostro adquirió la tonalidad de un cadáver.

—Es… es imposible… —balbuceó Cooley, el jefe de la Armada.

El Presidente se llevó una mano a la frente y apoyó el codo en una de las abrazaderas del asiento.

La escena era inenarrable.

Ninguno había tenido la más remota sospecha de que pudiese ocurrir aquello.

¿Qué hacer?

—¿Está seguro de que son soviéticos? —preguntó la temblorosa voz del operador.

—¡Segurísimo!

—Pero…

—¿Qué hago?

—No sé… No sé… —repitió el estupefacto hombre.

Owen debía de estar muy intranquilo.

—¡Digan algo rápido!

—Espere… Esto no es asunto que pueda resolver yo… Pediré órdenes a los mandos superiores. ¿Reaccionan pacíficamente?

—¡Los tengo encañonados!… ¡Por todos los diablos, hablen…, ordénenme lo que sea!

—Tómelo con calma, Owen. Esta situación es totalmente imprevista.

El diálogo cesó.

—Presidente… Presidente, ¿qué hacemos?

¿Qué hacer?

La pregunta flotaba en la estancia en que se hallaban reunidos los altos dignatarios del país…

¿Qué hacer?

* * *

En el Kremlin, la escena era parecida.

Y el momento angustiosamente grave.

—¿Por qué este silencio? —reclamó el jefe del gobierno comunista, intranquilo por la razón de que ninguno de los dos cosmonautas hablaba con la normalidad anterior.

—Algo debe de ocurrirles…

—Procuren establecer comunicación inmediatamente.

Los rostros estaban tensos. La transpiración había hecho acto de presencia y las palpitaciones cardíacas parecían haberse detenido

indefinidamente.

Y aún les esperaba una mayor sorpresa.

Los altavoces que enlazaban con la base espacial emitieron unos murmullos incoherentes, que empeoraron todavía más la situación nerviosa de las personas que estaban escuchando.

—Americanos...

Nicolai Shvernik, el jefe del gobierno, se dejó caer en el asiento dando la impresión de que la palabra «americanos» había tenido el efecto de un balazo en la sien.

—¡Repita! —bramó, la angustiada voz del enlace en Novosibirsk.

—Americanos... Están aquí...

—¡Maldición!

—Uno solo. Está armado...

Valva fue la que habló ahora. Y añadió:

—No parece belicoso...

—¡Dice que está armado y que no parece belicoso! —soltó uno de los miembros del Partido, exasperado.

Un murmullo de voces se levantó en la estancia.

Los más fogosos eran los primeros en reaccionar.

—¡Es una grave ofensa!... ¡Demasiado grave! —arguyó uno.

¿Ofensa?

¿Por qué?

—¡Es un sabotaje! ¡Espías!

—No puede permitirse...

—¡Guerra total!

—¡No podemos acobardarnos!

Los gritos se siguieron sucesivamente. Las ilusiones de un principio se habían visto desbordadas ante aquel inesperado acontecimiento. Ahora, que las cosas se ponían feas, los más inconscientes pedían una lucha total...

Antes de la humillación, el exterminio total e implacable.

¿Por qué, Dios mío?

¿Acaso aquellas personas tenían derecho a hablar de aquella manera? ¿Pensarían del mismo modo si Alexiev fuese el que empuñara el arma y Steve Owen el indefenso?

Posiblemente no.

—¡Silencio! —clamó el jefe del gobierno.

Los compungidos rostros se volvieron hacia él,

—Dejemos de protestar como comadres.

—¿Qué sugiere, camarada Shvernik? —preguntó uno de los soliviantados.

—Paciencia.

—Los segundos son decisivos.

—¡Eso! ¿Quién nos dice a nosotros que los americanos no llevan allí el suficiente tiempo como para tener una Base Nuclear lista para el disparo?

—¡Quizá los proyectiles ya vengan en camino hacia nosotros!

—¡Silencio!

Callaron. Empero, las miradas siguieron expresando sus atemorizados pensamientos.

—Nuestro Sistema de Alarma para la Defensa de la U.R.S.S. nos habría puesto en alerta de ocurrir lo que ustedes dicen.

»Todos sabemos que en una guerra de proyectiles teledirigidos son infalibles los disparos y, así mismo, también deberían serlo los caza—proyectiles.

—¡Con una base en la Luna nosotros tenemos las de perder!

—Sí, camarada Novograd; lo sé. No existen defensas contra ataques del cosmos.

»Por eso mismo, recomiendo paciencia.

»¿Acaso no vale más una retirada a tiempo que una derrota total?

»Les recomiendo pensarlo detenidamente. No olviden que toda la Humanidad depende de nuestras conclusiones.

Las caras se tornaron inexpresivas, mientras los cerebros sopesaban las palabras del jefe de gobierno.

Había que pensar…, ¡mucho!

Mientras, Valya y Alexiev comenzaron a comunicar de nuevo.

Si en la Tierra la situación era embarazosa, no lo era menos en la Luna, donde tres personas, con idénticos méritos personales, se encontraban entre sí sin saber qué hacer.

Mejor sería que decidieran en la Tierra.

* * *

Valya Grigorieva era la más tranquila de los tres astronautas, pasados los primeros instantes de sorpresa, claro está.

Toda su perspicacia femenina estaba en acción. Estudiaba el rostro de Steve con detenimiento tratando de adivinar lo que decía por los gestos de sus labios.

Ella, como Alexiev, hablaban inglés; pero las ondas de la radio eran diferentes.

Tras unos minutos de estudio, la muchacha llegó a la conclusión de que el americano estaba en la misma situación que ellos, sin contar el arma con que les encañonaba.

Y así lo comunicó a su compañero:

—Alexiev, estoy segura de que acaba de llegar.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Él está tan asustado o más que nosotros. ¿No ves la bolsa y las banderas?

—Sí, es cierto...

Aquellas palabras sirvieron de alivio a los dirigentes del Kremlin, pues las estaban escuchando detenidamente.

El hombre o la ciencia, a la que también había que contar como elemento, podían tener un error de cálculo o de mente y las consecuencias serían apocalípticas.

—No parece mala persona —comentó Valva.

—¿No?... ¿Y la pistola?... —respondió Alexiev, sarcásticamente y con más dureza.

—No intentes atacarle, Alexiev... Por la fuerza no se consigue nada y nosotros estamos en peores condiciones.

—¡Maldita sea!

Ambos callaron.

Steve Owen se había dado cuenta de que los rusos hablaban entre sí y por su mente pasó la idea de que en Europa estarían escuchando la conversación, lo mismo que sus palabras en Cabo Kennedy.

Les hizo un gesto con el arma indicándoles que callasen y éstos obedecieron.

Steve estaba hecho un verdadero lío.

¿Qué debía hacer con el hombre y la mujer? No podía estar apuntándoles indefinidamente. Y en los Estados Unidos se habían quedado mudos del impacto que les produjo la noticia.

—«Caimán» llamando a la base...

—Le oímos, «Caimán».

—Necesito órdenes de inmediato.

—Espere, «Caimán».

Owen se salió de sus casillas.

—¿No comprenden que es una situación muy embarazosa?

—Manténgalos vigilados hasta que el Presidente nos diga lo que debemos comunicarle.

—¡Escuche, «Pez—espada»; llevo dos días sin dormir!

—Sí, comprendemos...

Steve no les dejó seguir.

—Dentro de un momento se me cerrarán los párpados.

—Lo sabemos, «Caimán»; pero ¿no pretenderá que destruyamos la Unión Soviética para que usted pueda dormir?

—¿...?

—¿Me oye?

—¡Váyase al diablo!

Steve estaba furioso. Las emociones habían sido muchas y su resistencia física estaba llegando al límite.

«¿Por qué siempre ha de haber rencillas, odio, ansias de poder y de mandar?», se preguntó.

Miró a los rusos.

La mujer parecía indicarle algo. Las armas de éstos habían quedado en el suelo lunar. Owen fue hacia ellas y las apartó con el pie a una distancia prudencial.

Luego, enfundó la suya.

El ruso le miró sin comprender.

¡Si por lo menos pudiesen hablar entre ellos!... De aquella forma, se entenderían mucho mejor.

Valya continuaba moviendo los brazos.

—¿Estás loca, camarada?

—No, Alexiev.

—Entonces, ¿qué pretendes?

—Hablar con él.

Alexiev ahogó un suspiro. Valya y él eran amigos, pero como hombre y mujer nunca se entenderían.

La joven señaló los auriculares y Owen asintió con la cabeza pareciendo comprender.

Valya llevaba los mandos del transmisor en el casco de vacío y Steve sobre el pecho del traje. Los dos a la vez manipularon en los

aparatos, mientras Alexiev abría los ojos desmesuradamente.

Los dos iban a cortar sus comunicaciones con la Tierra.

Comprendió que no podía dejar que Valya hablase libremente con el otro, pues éste podía intentar un doble juego que en nada les favorecería a él y la joven.

El cosmonauta soviético se apresuró a seguir los movimientos de Valya por si ella y el americano lograban encontrar una onda idéntica.

De pronto, escuchó una voz en inglés:

—Hola...

¡Locos!... ¡Estaban rematadamente locos!

Alexiev parecía el más sensato de los tres, aunque su cordura alcanzaba un punto muy difícil de juzgar.

Quizá en la Tierra, los cohetes atómicos ya cruzasen los océanos en busca de las ciudades y los centros más importantes de cada país.

¡Y ellos hablando en completa enajenación!

V

—Me llamo Steve Owen.

—Yo Valya Grigorieva, y mi compañero Alexiev Glinka.

Ambos se miraron sin saber qué decir.

Era un poco risible aquella situación.

—Lamento haberles asustado.

—Nos hacemos cargo. Nosotros hubiésemos hecho lo mismo.

—Ya veo... Habla usted muy bien el inglés.

—Gracias.

Los tres estaban nerviosos y ninguno era capaz de ocultar su estado de intranquilidad.

—¿Hace mucho que llegaron?

Valya sonrió picarescamente.

—¿Es una pregunta «oficial» o «extraoficial»? Steve también forzó una mueca que quiso simular una sonrisa. Pero sólo consiguió que sus labios se juntaran en una fina línea.

—Extra oficial —respondió, por fin.

—Entonces, le diré que hace unas horas.

—¿Y usted? —inquirió Alexiev, todavía receloso del

comportamiento del americano.

—Pues, más o menos al mismo tiempo.

—¿No es un poco cómico todo esto?

—Desde luego, Valya —corroboró Steve.

Los tres intercambiaron miradas. Luego, de una forma imprevista y hasta cierto punto comprensible, rompieron a carcajadas casi histéricas y que les obligaron a doblarse por la cintura.

¿Acaso el mundo no tenía algo trastornado?

Entonces, ¿por qué no habían de tomar ellos una parte de aquella locura? La situación no era, ni mucho menos, para reír; pero los nervios de los tres personajes necesitaban un merecido desasosiego.

Rieron con fuerza, casi con demencia.

El chasco había sido mutuo y enorme. ¿Qué pensarían los hombres del Kremlin y de Cabo Kennedy si pudieran verlos en aquellos instantes?

Valya, Steve y Alexiev se hicieron la misma pregunta y volvieron a reír sonoramente…, aunque fuese la suya una risa de fúnebres presagios.

¿Habían enloquecido?

No, de ninguna manera.

Los tres habían arriesgado sus vidas por la ciencia, por el saber y por el progreso. Juntos o por separado se habían embarcado en una aventura de sorprendentes consecuencias.

La rivalidad era mutua, cierto; pero ninguno de ellos era político. Steve y Alexiev eran militares, aviadores más concisamente, que habían nacido en diferentes partes de la Tierra.

¿Acaso sería diferente si Owen hubiese nacido en la Unión Soviética y Glinka en un rancho de Nebraska?

Las cosas no cambiarían en absoluto, los hombres eran los mismos.

¿Por qué no reír entonces?

Ellos pertenecían a clase de seres que arriesgan sus vidas por un constante adelanto y un imaginable bienestar para la Humanidad, no por los inconfesables deseos de otros hombres.

De pronto, dejaron de contorsionarse. Las respiraciones se habían alterado y el oxígeno existente dentro de sus trajes

espaciales no correspondía a la demanda de los pulmones, esforzados por la risa.

—Valya —preguntó Steve bruscamente—, ¿qué pensó al verme?

—Al principio que era imposible, luego que nos habíamos retrasado y, así, perdido la carrera.

—Pues yo creí que ya habría una ciudad en la Luna. Los vi venir tan tranquilamente que no pude por menos que creerlo así.

—Si hace unas horas me hubiesen dicho que me iba a encontrar con semejante sorpresa no lo hubiera creído —intervino Alexiev.

—Ciertamente, que la situación nadie la podía prever.

—Aún tuvimos suerte de vernos al poco de llegar.

—¿Quién iba a decírnoslo?

—Nadie, Valya; son jugadas del destino.

—Yo no puedo establecer contacto con mi base —adujo Owen.

—Nosotros tampoco…

—¿Qué les parece si lo celebráramos?

Valya y Alexiev dudaron unos segundos.

—¿Cómo? —preguntó Glinka.

—No sé. Los científicos de mi nación no contaron con esto para añadir una botella de champaña.

—Ni los nuestros.

A fin de cuentas ambos gobiernos tenían muchas cosas en común.

—Podíamos acercarnos hasta nuestra astronave. Hay espacio suficiente para los tres y podemos graduar la atmósfera interior.

—Acepto su proposición, Grigorieva…

Alexiev avanzó un paso. A través del cristal transparente de su escafandra era fácil distinguir las arrugas que se habían formado en su frente.

—Esperad…

—¿Qué ocurre, Glinka?

—¿Qué dirán en la base?… No podemos olvidarnos de muchas cosas y que tampoco somos los dueños de los cohetes. Lo queramos o no, somos soldados y las circunstancias no favorecen nuestra amistad.

Las preocupaciones cundieron entre ellos.

¿Qué sucedería en la Tierra en aquellos precisos instantes?

Tanto Valya como Steve callaron ante las sensatas palabras del

astronauta.

Éste añadió:

—Será mejor que nos separemos.

—Tiene razón, Glinka —asintió Owen—; no somos dueños de nuestros actos.

Valya, como mujer, se creyó obligada a suavizar las cosas y se interpuso entre los dos hombres.

—Tratemos de recordar la onda que une nuestras radios. Nunca estará de más el que podamos cambiar impresiones... ¿Quién sabe...?

Aquel «quién sabe» entrañaba muchas cosas, que todos ellos entendieron a la perfección.

En pocos instantes habían labrado una fuerte amistad pero...

Órdenes eran órdenes.

—Regresemos a nuestras naves —propuso Glinka.

—Recordaré la onda y les comunicaré las novedades. En caso de un apuro pueden llamarme libremente y contar conmigo. A pesar de lo fácil que ha sido hasta ahora, no debemos olvidar que estamos en un mundo completamente desconocido.

—De acuerdo, Owen; lo mismo le decimos.

Alexiev y Steve se estrecharon las manos; burdamente, porque el grueso de los trajes de vacío impedía hacerlo de otra forma.

Valya, que había tenido un papel muy importante en aquel primer contacto, siguió con su sonrisa a flor de labio y saludó al americano con simpatía:

—Hasta luego, Steve...

—Hasta pronto, señorita Valya.

El joven estadounidense lamentó no poder estrechar la mano de aquella muchacha, que, a pesar de su juventud, se había aventurado en un viaje lleno de riesgos sin fin.

Tras aquella simple despedida, se separaron y cada uno de ellos volvió a poner el transmisor en la onda normal.

Instintivamente, Valya y su compañero se inclinaron sobre las armas y las tomaron. Podían existir recelo, temor de que uno hubiese mentido en sus palabras de paz y amistad, pero ninguno se volvió para mirar lo que hacía el otro.

Aquel simple detalle demostraba que las palabras habían sido sinceras.

Los tres creían en la amistad, en las buenas palabras y en los buenos deseos, pero ¿hasta qué punto podían decidir ellos sobre sus propias personas?

La respuesta la daría el tiempo.

Mientras ellos conversaban con completa normalidad, en la Tierra habían sucedido muchas cosas.

La Tercera Guerra Mundial parecía a punto de estallar.

En los dos países en pugna vibraba una gran actividad, de muy malos augurios. Todos los permisos de personal militar y civil, de clase técnica y especializada habían sido suspendidos.

Los cientos de submarinos y aviones de ambas Defensas se dirigían a los puntos desde donde deberían disparar las fatídicas armas que habrían de asolar al mundo conocido.

Las tropas estaban en permanente alerta, pero la población civil no sabía absolutamente nada; estaban en una completa ignorancia.

Bastaría que dos hombres presionasen un simple botón y la catástrofe general se desencadenaría.

Todo consistía en eso: un botón electrónico y la mente de un hombre.

Un error, un pensamiento fatalista, una instintiva sensación de inferioridad y el mundo saltaría hecho pedazos.

A pesar de todo aquello, todavía esperaban muchas sorpresas más a los tres terrestres existentes en la Lima...

* * *

Los dos rusos procuraron poner sus radios en la onda anterior y disimular que las habían cambiado a propósito. Para ello hablaron entre sí como si nada hubiera sucedido.

—Volvamos, Valya.

—Sí, Glinka.

—¡Oigan...!

—Sí. Escucho —replicó Alexiev.

—¿Por qué han cortado la comunicación?... ¿Dónde está el americano?

—Ha vuelto a su nave y nosotros nos dirigimos a la nuestra. —Glinka omitió deliberadamente la primera pregunta.

—¿Cómo se encuentran?

—Perfectamente. Hemos averiguado que el americano ha llegado, poco más o menos, al mismo tiempo que nosotros.

—Parece increíble… ¿Están seguros de que no tienen ya bases instaladas?

—Completamente.

—Entonces ¿por qué les amenazó con un arma? —indagó, desconfiada, la voz del hombre que les hablaba.

—No nos reconoció de momento.

—Escuche, coronel Glinka; vuelvan al interior de la nave y permanezcan allí en espera de nuevas órdenes.

—¿Ocurre algo?

—No…, no, nada…

Glinka, siempre bajo la observación de la joven, bajó la cabeza meditabundo.

—Tenemos muestras de piedras y polvo lunar.

—De acuerdo. Guárdenlas en sus correspondientes lugares y no obren sin previo permiso. ¿Entienden?

—Desde luego.

A partir de aquel instante, la conversación se limitó a temas puramente científicos. Médicos, astrólogos y hombres de ciencia les llenaban de preguntas sobre sus reacciones a la atmósfera lunar.

Grigorieva y Alexiev miraron repetidas veces en derredor y se cercioraron de que todo seguía idénticamente al momento en que alunizaron.

Sólo que la Luna había entrado en su fase diurna y la potente iluminación proyectaba sombras de todos los objetos que sobresalían de la superficie.

Ahora todo tenía un color más vivo, más de Naturaleza, ya que antes el suelo reflejaba un tono grisáceo y tristón.

Sin embargo, ninguno de los astronautas se sentía contento. Intuían que algo no funcionaba bien allá abajo, en el Planeta Madre, y existía el temor de que hasta ellos llegasen sus consecuencias.

Valya y Glinka se introdujeron en la nave, cerraron la escotilla y graduaron la atmósfera para poder quitarse las escafandras.

Esperar…

Esperar ¿a qué?

Sintieron un indefinible temor a quedar como los únicos

supervivientes de la raza humana. ¿Qué harían entonces?

También ellos quedarían condenados a muerte. A la Tierra no podrían regresar porque estaría contaminada de radioactividad y allí, donde estaban, no poseían recursos suficientes para vivir eternamente.

Además dos hombres y una mujer.

Mala combinación.

* * *

En Cabo Kennedy, tres hombres reunidos en la habitación secreta se miraron entre sí, expresando cada uno sus pensamientos de aquella indefinible manera.

El Presidente encendió un cigarrillo con manos nerviosas y aspiró el humo hasta la parte más recóndita de sus pulmones. Acto seguido, murmuró, casi sin despegar los labios:

—Y bien, señores, ¿puede saberse cuáles son sus opiniones al respecto?

El representante del Senado se levantó. Su cara estaba extremadamente pálida.

—Sugiero que se reúna al consejo y se actúe por libre votación —contestó.

—¿Y usted?

El aludido, Cooley, dio un respingo, pues hasta el momento parecía estar abstraído como ausente del problema que tenían presente, y se volvió hacia los hombres que habían frente a él.

—Es muy difícil dar una opinión, Presidente.

—¿Sí...? Entonces ¿quién debe decidir? Los he traído conmigo por juzgarlos como lo más sobresaliente de la nación. Ya saben que sus opiniones han pesado siempre en lo que yo decido.

—Ya... Pero este caso es diferente.

—¿Por qué lo dice?

—Se trata de todo o de nada. Aquí no puede existir término medio.

—¿Quiere decir que sólo podemos plantear la guerra total o retirarnos y quedar a merced del adversario?

—Exacto, señor Presidente.

—Ninguna de las dos soluciones es convincente —arguyó el

senador.

Cooley enarcó las cejas y añadió:

—¿Piensa usted que existe alguna otra?

—No ciertamente, pero lo seguro es que, si pasamos al ataque, corremos el riesgo de perder la batalla y morir.

—¿Y si esperamos que sean ellos?

—Lo mismo. Nuestras defensas pueden detectar a tiempo la salida de sus proyectiles y destruirlos, con lo que nosotros tomaríamos una considerable ventaja. Pero no por ello deja de existir el riesgo de sucumbir.

»Yo a mi juicio, lo que puede decidir una baza muy importante está en la Luna.

—¿Allí? —inquirió el Jefe de la Armada, incrédulamente.

—Desde luego…

—Explíquese mejor, Riley —terció el Presidente, vivamente interesado en la conclusión del senador.

Éste carraspeó y dijo:

—Bien, repasemos los hechos. Sabemos que hay una pareja de rusos muy cerca de nuestro astronauta y que han conversado pacíficamente tal y como Owen nos lo ha comunicado, aunque, la verdad sea dicha, no ha derrochado detalles.

—Cierto —asintió Coulter.

—Yo pienso que podíamos intentar destruir la nave enemiga y retener a los ocupantes sin que los rusos se enteren.

El Presidente y el marino estiraron sus cuellos.

—Siga, Riley.

—Si logramos estropear el funcionamiento de esa nave sin que ellos crean que ha sido un sabotaje, tendremos la oportunidad de instalar las bases nucleares sin que nos molesten en absoluto.

—¡Cielos, es verdad! —exclamó Cooley, entrelazando los dedos de ambas manos nerviosamente.

Coulter meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, es una buena solución; aunque no debemos menospreciar al adversario.

—Déjeme añadir algo más, señor Presidente —pidió Riley—, pues, aparte de lo que le he dicho que era mi opinión, considero que ésta tiene algo de sucio.

—¿Qué quiere decir?

—Que para llevarlo a cabo nuestro hombre ha de actuar como si fuese un delincuente.

»Según nos ha dicho, los cosmonautas soviéticos han puesto su confianza en él y atacarles a traición no es muy limpio o caballeresco.

—¿Acaso hay alguna guerra que sea limpia? —arguyó Cooley, demostrando que le seducía la idea del senador.

—Desde luego, no se lo discuto. Sin embargo, hay cosas que...

—¡No podemos detenernos en tonterías cuando todo el país está en peligro!

El marino gritó fuera de sí, al tiempo que daba un fuerte golpe en uno de los sillones. El Presidente proyectó su vista hacia él y le observó ceñudamente antes de decir:

—Cálmese, Cooley.

—Perdón... Tengo los nervios destrozados...

—Por esa razón sugiero que se reúna el Senado y se haga a votación. De esta forma, no recaerá sobre nuestras espaldas toda la responsabilidad de tan grave asunto.

—Cundirá el pánico, Riley.

—Es posible, señor Presidente; pero mi opinión es que se trata de demasiada responsabilidad para tres hombres.

El aludido soltó un suspiro.

—Si reunimos el Senado, al enterarse de la situación, se formará un escándalo y tardaremos horas en tranquilizar a los presentes para que puedan votar con libre responsabilidad.

—También existe otro inconveniente.

—¿Cuál, Riley?

—No sabemos cómo reaccionará el astronauta si recibe orden de pasar a la lucha. Recuerde que Owen no es un hombre de acción, sino simplemente el mejor piloto espacial de la nación.

—¿Cree que rehusará obedecer las órdenes?

—Es posible. Y ello acarrearía el peligro de que los rusos comprendiesen nuestros planes.

—El tiempo es lo que más me preocupa. Podríamos lanzar al espacio a dos hombres más para que ayudasen a Owen.

—Los derribarían los soviéticos.

—¿Sí?

—¿Qué haría usted si nuestros radares detectasen la salida de un

cohete espacial del adversario?

Coulter asintió de nuevo. ¡Él ordenaría destruirlo!

Y con ello se declaraba la guerra total.

—Prefiero que decidamos nosotros —terminó diciendo el Presidente.

—¿Ahora? —inquirió Cooley.

—Sí, cada segundo que pasa puede cambiar la situación o precipitar el fin.

Ni Riley ni el marino contestaron. Se limitaron a rehuir la mirada del máximo personaje de la nación.

¡Decidir!

Las dudas, el temor y un sinfín de cosas más se mezclaron en las torturadas mentes de los tres hombres. Si algo salía mal, jamás en sus vidas, si sobrevivían, lograrían reconciliar el sueño.

¡Y aunque ganasen igual!

Muchos muertos, demasiados para tres conciencias.

—¿Riley?

La voz del Presidente sonó áspera, desagradable:

—Que Owen entre en acción.

—¿Cooley?

—Opto por el plan del senador Dennis Riley.

¡Ya estaba decidido!

El sudor perló los rostros de los tres al unísono. Cuatro ojos se clavaron inquietantes sobre los labios del Presidente.

¡Faltaba su opinión!

—Yo también voto por lo mismo...

VI

—Operador —llamó el Presidente.

—¿Señor?

—Quiero que se comunique inmediatamente con el astronauta Owen y le pase el siguiente mensaje...

—¿Tomo nota?

—Como guste...

* * *

—Deberá tomar por sorpresa la nave contraria y dejarla inutilizada totalmente.

—¿No lo dirá en serio?

—Desde luego, «Caimán»; las órdenes son concisas.

Silencio por parte de Steve.

—Mantendrá vigilados a la pareja rusa hasta que otras naves vayan en su ayuda en el momento preciso.

—¿Y si oponen resistencia?

—No puedo decirle nada sobre ello, «Caimán»; me limito a pasarle las órdenes que le han sido encomendadas.

—¿Algo más?

—Sí, deberá actuar e inutilizar la nave sin que los científicos soviéticos de la Tierra se den cuenta de ello. ¿Me comprende bien?

Owen esbozó una sarcástica sonrisa.

—Demasiado bien, «Pez—espada».

—Lamento que las órdenes no sean de su agrado, «Caimán»; pero todos somos soldados de la Patria.

Súbitamente, Steve pareció sufrir como un arrebato de cólera y cortó la comunicación con un gesto brusco e inopinado.

¡Al diablo las órdenes!

La respiración se alteró en el pecho de Owen. Lo que le mandaban era demasiado descabellado… ¿Y Valya y Glinka?

Jugada del destino. ¡Él mismo había pactado con ellos una alianza secreta, pero en la cual empeñó su palabra, su conciencia y los más innatos sentimientos de hombre!

¿Cómo podía echarse atrás y pasar a un ataque traicionero?

¿Cómo…?

Podían ocurrir mil cosas diferentes. Todavía llevaban muy pocas horas en el satélite. En su nave no cabían los tres y, de ocurrir algo extraño, condenaba a muerte a dos personas que habían puesto su confianza en él.

¿Habían sido sinceros?

Owen no podía asegurarlo hasta aquel punto, pero él sí.

Quizás estuviese equivocado; empero ¿cómo saberlo si él empezaba por quebrar su propia palabra?

¡Idiota!… ¡Mil veces idiota! Seguramente que de estar Valya o Glinka en su lugar no hubiesen titubeado como él… ¿O sí?

No debía olvidar que era estadounidense, que tenía la obligación de obedecer las órdenes, fuesen cuáles fuesen. Él no podía tomar una decisión propia.

Ambas opiniones chocaban en la mente del astronauta contradiciéndose entre sí.

Evocó la faz de Valya. Si algo irreparable llegaba a sucederles jamás se lo perdonaría. En la Tierra estarían pensando que había sido una equivocación el mandarlo a él, pero ellos ya tomaron sus decisiones.

¿Acaso ya nadie se acordaba de la conciencia?

Por un instante, Owen odió al mundo, a sí mismo, al progreso, a la loca ciencia que parecía llevar un camino imparable de desenfreno.

¡Lo odió todo!

Luego, tras un intervalo de unos quince minutos, en los que su furor simuló aplacarse, se hizo cargo de la pura y triste realidad.

Tenía que obedecer, no había otra opción.

¿Cuándo llegaría el hombre a vivir tranquilo, sin temores de sus propios congéneres e inquietudes que corroían el alma y la misma vida?

Se llamó idiota una vez más y miró la pistola, depositada por él sobre el tablero de mandos. De un manotazo, la tiró por el suelo de la cabina.

Luego se colocó la escafandra de vacío y salió. Le repugnaba horriblemente lo que debía hacer.

* * *

Steve Owen bordeó la llanura para no ser avistado por Valya o Alexiev y avanzó hacia la nave soviética, dando grandes rodeos. Había dejado atrás el arma y en uno de sus bolsillos únicamente llevaba unas tenazas especiales.

Había pensado en estropear algo que pudiese volver a repararse con relativa facilidad.

Tardó casi una hora en hacer el recorrido. La nave rusa surgió ante él y Steve se puso a cubierto de unas rocas de bastante altura. Sobre la proa del navío espacial había observado cómo unos aparatos muy parecidos a los periscopios de los submarinos se

movían en derredor.

Eran cámaras de televisión.

Calculó el tiempo que tardaban en dar una vuelta completa y se dijo que tenía tiempo suficiente para alcanzar el costado de la astronave y pegarse a él.

Ni Glinka ni Grigorieva daban señales de presencia. Debían de estar dentro de su astronave, estudiando los datos de las calculadoras y enviándolos a la Tierra para una observación más perfecta.

Si tenía que luchar contra Glinka las cosas se pondrían más feas aún... y más desagradables.

De nuevo le invadió aquel indescriptible asco hacia sí mismo.

Las cámaras de televisión pasaron por el lugar que el ocupaba y comenzaron a describir un amplio círculo en derredor.

Steve no esperó a más. Saltó hacia adelante tratando de dar a sus piernas toda la velocidad posible.

El mal no estaba hecho aún, pero ya no había remedio.

¡El mundo estaba loco!

Miró hacia la escalerilla metálica y se acercó a ella. ¿Qué ocurriría cuando los que momentos antes habían sido sus amigos le vieron entrar de aquella manera y con tan insanos deseos?

Prefirió no pensarlo y puso toda su atención en los espías mecánicos de la proa de la astronave, ¡los mismos que debía destruir!

* * *

Unos kilómetros más al norte de donde estaba Steve, precisamente junto a su nave, se desarrollaba una escena que hubiese satisfecho bastante al americano.

Si los americanos habían encontrado aquella solución de destruir la nave adversaria como único camino de conseguir sus fines, ¿por qué no podían haberlo pensado igualmente los hombres reunidos en el Kremlin?

Y así era efectivamente.

La Humanidad estaba loca, pero el destino, con sus insospechados designios, parecía estar de acuerdo para ayudarle en su autodestrucción.

Valya y Alexiev estaban allí para destruir la nave de Owen, según las órdenes recibidas.

La joven se esforzaba inútilmente en establecer contacto por radio con Steve, pero éste, al ignorar la llamada, jamás sabría de los deseos de la ucraniana.

—¡Déjalo estar, Valya!

—¿Por qué, Alexiev?... Todavía estamos a tiempo.

—A tiempo, ¿de qué?

Los dos estaban junto a la nave. Grigorieva se interpuso entre su compañero y la escalerilla, más corta ésta que la de ellos.

—¡De evitar lo irreparable, Alexiev!... ¿No comprendes que sembraremos nuestra propia destrucción?

—¡No podemos olvidar nuestros nombres y el país al que pertenecemos!

—¿Por qué?...

—No comprendo cómo preguntas eso.

—¿Acaso no somos personas lo suficientemente formadas para saber lo que está bien y lo que está mal?... Tú mismo sabes que la orden es una locura.

—Sí, ¡es verdad!

—¿Entonces...?

Glinka abatió los brazos en señal de desesperación.

—Te entiendo, Valya; pero trata tú de comprenderme a mí. Yo no soy el que ha formado todo este embrollo.

—Lo sé, Alexiev; pero vas a ser el arma ejecutora. ¡Tú eres un hombre, un ser humano que piensa y razona!

—Sí, está mal... De acuerdo... Sin embargo, ¿quién te dice a ti que ellos no han pasado ya a la iniciativa y nuestro pueblo, nuestras familias son víctimas de la radioactividad?

—Y ¿quién será el culpable?

—Todos.

Hubo unos segundos de silencio.

Glinka, de pronto, se acercó a la escalerilla y ascendió un par de escalones.

—Espera, Alexiev.

—Aparta...

—Todavía estamos a tiempo.

—Es inútil...

Valya se aferró a la cintura de su compañero para impedirle la ascensión, pero éste giró bruscamente y la dio un empellón que la muchacha no fue capaz de resistir.

Estaban dominados por la misma satánica locura que habría de conducirles a los tres a una fosa espacial.

Morirían de inanición. Sus cuerpos se descompondrían en el interior de los trajes de vacío: unos ataúdes sádicos y demasiado fríos para un ser humano.

Valya se vio impulsada hacia atrás y la falta de gravedad amortiguó el golpe. Mentalmente, no culpaba a su compañero de lo que estaba haciendo.

Alexiev Glinka era un hombre sensato, desapasionado…, pero militar a fin de cuentas.

Con ojos inundados de terror, la joven vio cómo él penetraba en la nave. Esperó lucha, que Owen saliese al encuentro de Glinka y ambos se enzarzasen en una lucha a muerte.

Tenía que ser así, pues no creía que Steve se rindiese tan fácilmente y sin oponer resistencia.

Lo que Valya no sabía era que en aquellos instantes Steve Owen estaba destruyendo las instalaciones transmisoras de imágenes y sonido de su propia nave.

Alexiev tardó unos diez minutos en aparecer por la escotilla.

Valya se levantó y fue hacia él. Habían cambiado las ondas de la radio premeditadamente, aunque era innecesario, puesto que en aquellos instantes ya nada les enlazaba con la Tierra.

¡Lo inevitable se había cumplido!

—Ya está, Valya.

—¿Y él?

—No estaba dentro.

—¿No…?

—Así es. Debió de salir a estudiar el terreno. Ha sido mejor así.

La joven se apartó anonadada y apoyó su espalda en el fuselaje de la nave.

—Parece increíble…

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. ¿Recuerdas la alegría de nuestra llegada?

—Sí…

—¿Y la conversación con Owen, después del espectacular

encuentro en el centro de la llanura?

—También.

—¿Y no te parece que es de estúpidos estropearlo todo?

Glinka se desentendió de la pregunta y empezó a caminar, siendo seguido por la inquieta mirada de Valya.

—Vamos...

Ella le imitó y ambos anduvieron hacia su nave. Los miembros resultaban más pesados.

Era la conciencia lo que pesaba.

De pronto, vieron a Steve que se acercaba hacia ellos. Los dos rusos comprendieron instantáneamente lo que había sucedido, bastaba con observar la dirección que traía el americano para entenderlo.

Los tres se detuvieron con unos cincuenta metros de separación. La sangre huyó de sus rostros.

La trágica realidad se hizo latente.

Valya dio unos vacilantes pasos. Sus ojos brillaban. Miró a los dos hombres detenidamente, sin poder ocultar la rabia y la desesperación que tenía dentro de sí.

Los culpó por igual, con las pupilas expresando claramente sus pensamientos.

Llegó a situarse en el centro de ambos.

—¡Locos...!

Glinka y Owen empezaron a andar. Los brazos estaban caídos a los lados.

¡Estaban incomunicados con la Humanidad! ¡Condenados a una irremisible muerte!

Los dos hombres se situaron frente a frente y, al unísono, lanzaron sendos rugidos de animales heridos.

Los movimientos eran lentos por la carencia de gravedad, pero ello no fue impedimento para que el uno se abalanzase sobre el otro, sin armas, con las manos limpias.

Valya emitió un gemido y se apartó, al tiempo que se llevaba las manos a la escafandra en un gesto completamente natural en la Tierra.

Los dos hombres estaban como poseídos, desquiciados; sus mentes embotadas por la furia en un momento en que la sensatez parecía haberse esfumado.

Steve fue el primero en lanzar su puño hacia delante, aunque la efectividad del golpe fue casi nula.

Glinka le abrazó por el pecho y comenzó a apretar salvajemente, con intención de asfixiarlo en una presa mortal y muy difícil de eludir sin arma alguna.

—Alexiev, deténte...

Ninguno de ellos oía, cegados por la furia.

Y los dos iban a morir.

¿Marcaría aquello el principio del fin?

Owen logró impulsar su mano izquierda y colocar un directo en el hígado de su oponente.

Glinka emitió un grito de dolor y sus brazos se aflojaron. Steve no desaprovechó el momento y se proyectó hacia el otro, con ánimo de no permitirle que se recobrase.

Ambos rodaron por el árido suelo lunar.

Valya comprendió que las escafandras se romperían en uno de aquellos golpes y uno de ellos sucumbiría al faltarle el oxígeno necesario para sus pulmones.

—No debí confiarme desde un principio... —sintió ella que musitaba Glinka para sí.

—¡Alexiev...!

—De no haber escuchado tus palabras no nos veríamos en esta situación...

Glinka no pudo terminar la frase, pues Owen se le vino encima y tuvo que emplear todas sus fuerzas en las manos que trataban de aferrarse a su cuello.

Los deseos de ambos fueron bien claros: ¡romper la escafandra del contrario por la parte del cuello!

—¡Steve, por Dios!

Éste había logrado rodear con sus zarpas el borde del traje espacial de Alexiev y miraba obsesionado los débiles tornillos que unían el cuello con la escafandra.

¡Un esfuerzo más y lo conseguiría!

¿Era natural que se destruyesen entre sí como alimañas, olvidando hasta el más pequeño sentido humano?

VII

La sala de reuniones en la que se hallaba reunido el Consejo extraordinario tenía una atmósfera de exasperante inquietud. Los rostros, torvos, esperaban noticias de los dos cosmonautas.

Hacía casi treinta minutos que no recibían noticias. El humo de los cigarrillos empañaba el ambiente con una tonalidad azulada y mortecina. Más de uno encontró en el humo del tabaco cierta similitud con las nubes radioactivas de las explosiones experimentales que habían observado tiempo atrás.

¿Era miedo?

Nicolai Shvernik, el jefe del gobierno, hacía tamborilear los dedos de las manos sobre la mesa de oscura madera.

Treinta minutos de espera eran demasiados en aquella situación.

Todavía tenía presentes las dispares opiniones del Consejo cuando hubo que adoptar una posición respecto a Steve Owen.

Ahora, cuando la espera se hacía terriblemente angustiosa, los mismos que habían preferido que se silenciara la nave americana y su tripulante agachaban al cabeza y rehuían las miradas de los demás.

¡Miedo!

Cada dos minutos llegaba un teniente del Ejército y depositaba los últimos partes sobre la mesa, frente a Shvernik.

Éste echó una ojeada al último que acababan de depositar cerca de su brazo izquierdo. Al leer las primeras líneas, sus dedos dejaron de golpear la madera.

Uno de sus submarinos atómicos había logrado penetrar en el Golfo de Méjico sin ser detectado y tenía al alcance de sus proyectiles de cabeza nuclear los estados de Florida, Georgia, Alabama, Mississippi, Lousiana, Arkansas, Oklahoma y Tejas.

¡Y en espera de órdenes!

Aquello suponía la destrucción del sudeste de los Estados Unidos, o tanto como unos cuarenta millones de personas.

¿Cómo podía asegurar que un submarino americano se había introducido en el Báltico y sus cohetes apuntaban ya hacia ellos precisamente?

Si se empezaba una guerra nuclear ya no cabrían armisticios o tratados de paz.

La aniquilación sería total y vertiginosamente rápida.

El teniente apareció con otro parte. Lo dejó en la mesa y fue a dar media vuelta, pero la mano de Shvernik le retuvo.

—Teniente.

—¿Señor?

—Quiero que la comunicación con Novosibirsk no se rompa por nada en absoluto.

—Descuide, señor.

—Avíseme de cualquier anomalía.

—Así se hará, señor...

Shvernik levantó la cabeza y miró al teniente con fijeza.

—¿Cómo se llama, oficial?

—Rosovsky.

El teniente se había envarado, sorprendido por la inesperada pregunta del jefe de gobierno.

—Quiero hacerle una pregunta personal, Rosovsky.

—A sus órdenes, señor.

—Bien, dígame... ¿Tiene miedo, teniente Rosovsky?

A pesar de su actitud marcial, el aludido no pudo evitar un estremecimiento.

—Bueno..., yo...

—Conteste con plena libertad, teniente.

—Sí, lo tengo, señor...

Los ojos de Shvernik se entristecieron ligeramente.

—Es todo, Rosovsky.

—A sus órdenes, señor.

El oficial saludó y dio media vuelta, todavía impresionado por las palabras del jefe de gobierno.

Ninguno de los presentes se había perdido palabra de lo que dijo y todos se preguntaron el motivo, temiendo que la voluntad de Shvernik se estuviese resquebrajando.

Existía una numerosa mayoría que optaba por la muerte total de la nación antes de verse humillados por un enemigo que oficialmente no era tal.

Y la nación tenía miedo, como prueba de ello había sido la declaración del teniente.

Sin embargo, ahora en el momento en que la mayoría titubeaban, él estaba dispuesto a seguir hasta el fin de aquella loca carrera que se emprendió muchos años atrás.

Las dos personas que habían más cercanas a él carraspearon.

Shvernik los miró.

—¿Te encuentras bien, camarada Nicolai?

—Desde luego...

—Creemos que nuestros astronautas habrán sabido cumplir con su misión —añadió el hombre.

—Es posible.

—¿Acaso no confía en ellos?

—Sí..., sí, claro.

Shvernik tenía muy malos pensamientos sobre el silencio de Alexiev y Grigorieva.

—Si dentro de quince minutos no tenemos noticias, atacaremos.

Sus palabras fueron suaves, aunque llenas de una determinación total e inquebrantable.

—¿Quince minutos? —balbuceó alguien.

—Sí... ¡Ni un solo segundo más!

»¡Que se den las órdenes oportunas al Ejército, la Marina y Aviación que en estos momentos está sobre alerta!

»Pueden disparar sus armas contra los blancos que ya tienen indicados, si no reciben contraorden antes del tiempo fijado...

¡Quince minutos!

Shvernik calculaba bien. El que ninguno de los astronautas comunicase a la Tierra era una clara señal de que el americano había sido más rápido y eficiente en el trabajo de dominar la tan escasa población de la Luna, ¡tres personas!

Una extraña y dulce sonrisa cruzó los labios del jefe de gobierno.

Sí, también había decidido otra cosa:

En cuanto expirase el plazo fijado, se suicidaría.

Era lo mejor, si es que antes no enloquecía...

* * *

En Cabo Kennedy la situación era casi idéntica. El silencio por parte de Owen les producía escalofríos a los tres hombres que habían de decidir por toda la nación.

En aquel instante, a Coulter le hubiese gustado ser el hombre más insignificante de la Tierra. Un vagabundo, un pordiosero..., lo que fuese con tal de no tener aquel peso dentro de su pecho.

Pero aquello era imposible.

De pronto:

—¡Atención, los radares captan la salida de la Luna de un objeto desconocido!

Los tres se pusieron en pie al unísono.

—¿Pueden reconocer si se trata de la «Liberty»?

—Imposible, señor Presidente... No envía señal alguna.

—¡Maldición! —rezongó Cooley, el jefe de la Armada.

—¿Qué ocurre?

—Podría ser un proyectil nuclear ruso.

Coulter volvió a quedar anonadado y se dejó caer sobre el asiento.

—¡Dios mío...! —murmuró.

Cooley, mientras, se acercaba al micrófono depositado sobre la mesa y gruñía:

—¿Viene hacia la Tierra?

—En efecto, señor.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Unas veinticuatro horas.

—Bien, quiero que los aviones de reserva estén listos dos horas antes para cazar a ese artefacto si no ha dado señales a la entrada de la atracción terrestre.

—Así se hará, señor.

—Espere... ¿Es uno solo?

—Eso marca el radar, señor.

—Bien, es todo.

—¿Qué se propone, Cooley? —indagó Coulter.

—Estar prevenidos, Presidente.

—Owen ya debería haber comunicado.

—Quizá no haya podido.

—O esté muerto.

Cooley levantó el brazo y señaló al techo de la estancia como si allí hubiese algo y dijo:

—Tenemos veinticuatro horas para saberlo, Presidente. Cabe la posibilidad de que «eso» que se aproxima sea nuestra nave y que Owen no puede comunicar, por algún fallo técnico.

—Entonces jamás llegaría a la Tierra. Usted sabe tan bien como yo que la nave es dirigida casi totalmente desde aquí. Sin nuestra

ayuda, Steve Owen se perdería en el cosmos y vagaría por él eternamente.

—Presidente, yo tengo esperanzas en la iniciativa de nuestro hombre.

—Veinticuatro horas, Cooley… Demasiado tiempo… Para entonces la Tierra puede estar convertida en un verdadero páramo asolado por la radioactividad.

—Corremos ese riesgo desde que se inventaron las armas nucleares, Presidente.

* * *

En el Kremlin también se habían enterado de un objeto desconocido surcaba el infinito en dirección a la Tierra. Existían los mismos temores y preocupaciones que en Cabo Kennedy, exactamente iguales.

Quizá paradojas del destino que trataban de ensañarse con todos ellos y hacerles enfermar del corazón.

Pero nadie creía en el destino hasta tal extremo…

¿Qué sucedía entonces?

¿Hasta cuándo iba a durar aquella incertidumbre?

¿Qué había ocurrido en la Luna?

¡Veinticuatro horas largas!… Un día entero de espera, aparte de los casi dos que ya habían transcurrido…

* * *

Valya Grigorieva sintió que las piernas se le doblaban y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder mantenerse en pie y seguir pensando, aunque ciertamente ya no sabía si razonaba o, por el contrario, estaba completamente loca.

Lo que había visto con sus propios ojos era inexplicable.

Ya no le importaba haberse quedado sola —¡porque Alexiev y Steve ya no estaban junto a ella!— ni morir. Lo que más le intrigaba era saber lo que les había ocurrido a los dos hombres.

Hubiese dado media vida por poder llevarse las manos a la cabeza y apretársela con fuerza para comprobar así si todavía estaba viva, si no eran sueños de muerte.

Sus ojos azules se vieron empañados por unas amargas lágrimas, que resbalaron lentamente por sus mejillas.

Ella había observado cómo Glinka y Steve dejaban de forcejear y se levantaban como autómatas...

Con los ojos semicerrados, los había visto tomar la dirección de sus correspondientes astronaves y avanzar hacia ellas, separándose misteriosamente y sin dirigirle una mirada.

¿Estarían de acuerdo para dejarla allí y ellos huir hacia la Tierra cobardemente? No. Era imposible. Valya se juró a sí misma que ninguno de los dos hombres era capaz de tal bajeza.

A Alexiev lo conocía desde hacía tiempo. No mentía.

Y Owen parecía una buena persona, hombre seguro de sus actos y puro en sus sentimientos.

Pero ¿por qué entonces se habían marchado en las astronaves?

Corrió tras ellos, enloqueciendo ante la indiferencia que le profesaron y tratando de mantenerlos. Alexiev Glinka penetró en la nave. Valya lo recordaba muy bien...

¡No penetró con él porque jamás pensó que él intentara salir de allí y abandonarla!

¿Habría algún elemento maligno en la Luna que hiciera enloquecer a los hombres?

Las piernas comenzaron a doblársele. Estaba condenada a muerte, lo sabía.

¿Y Owen?

¿Por qué al pensar en el astronauta americano sentía aquella incertidumbre en su interior?

Valya no era tonta. Con tristeza, reconoció que se había enamorado de Steve.

«Sí, se ha burlado de mí lo mismo que Alexiev. ¿Qué dirá si alcanza la Tierra?... Posiblemente que sufrí un accidente, que unos seres extraños nos atacaron y acabaron conmigo», pensó.

La joven no se dio cuenta de que ya se hallaba sentada en el suelo pedregoso y que, poco a poco, su espalda se iba hacia atrás, desplegándose por la cintura hasta que la escafandra rozó unas piedras por su parte posterior y se detuvo.

Valya tenía una sonrisa de felicidad en los labios.

Sus ojos estaban terriblemente inmóviles, como los de una muerta.

Pero con el brillo de los vivos.

Su atormentada mente empezó a abandonar los pensamientos que la habían abstraído y la enajenación se completó paulatinamente.

De súbito, quedó inmóvil.

Estaba sola, abandonada en un desierto satélite, mientras las únicas personas que podían ayudarla cruzaban el espacio infinito camino de una Tierra presa de odios, fermentada por demasiadas cosas insanas y perniciosas.

Empero, su pecho oscilaba suavemente en señal de que su corazón latía todavía.

¿Qué le había ocurrido pues?

VIII

Más de doscientos modernísimos radares, instalados por toda la faz de la Tierra, siguieron los pasos de aquel «objeto desconocido» procedente del espacio exterior.

El tiempo había pasado y los hombres estaban derrengados por la falta de sueño y las largas horas de expectación, de continua alarma ante el temor de la más catastrófica guerra de todos los tiempos.

Ahora, pasadas casi las veinticuatro horas, «aquello» estaba orbitando alrededor del planeta como si buscase la entrada más factible, o quizás un punto de aterrizaje fijado de antemano.

Los mares y océanos estaban infectados de buques de guerra describiendo amplios círculos, con orden de navegar a toda velocidad hacia el punto de caída de aquel aparato.

Los aviones de la reserva estadounidense hacía dos horas que se mantenían en el aire, mezclándose con los soviéticos en una extraña controversia.

En uno de los gigantescos aparatos de bombardeo atómico, con una tripulación de quince hombres, se recibió el tan esperado mensaje:

—Desciende...

—¡Capitán! —llamó el radiotelegrafista.

—Lo he escuchado... Pide órdenes inmediatamente.

El aludido, un muchacho bastante joven, comenzó a transpirar al tiempo que decía:

—Aquí Escuadrón 3—A…

—Adelante, Escuadrón 3—A.

—Hemos oído en la onda general que ese aparato desciende. Esperamos órdenes.

—En efecto, el punto de caída se ha fijado al norte de las Hawái.

—¿Datos?

—Es imposible precisar de momento. Deben volar a toda la altura posible y pegarse a él si logran verlo.

—¿Atacamos?

—No, aunque tengan las armas listas y estén preparados para disparar contra él si así lo ordenamos.

—De acuerdo.

—Corto.

El radiotelegrafista salió de su puesto y fue hacia la cabina de mando donde encontró a cuatro hombres con la mirada fija en los cronómetros y los datos que proporcionaba una pequeña calculadora electrónica.

—¿Ha escuchado el mensaje, mi capitán?

—Sí, Benny…

—¡Diablos!… ¿Qué será eso?

—Pronto lo sabremos. ¿Tienes miedo, Benny?

—Bueno…, yo…

—Vuelve a tu puesto. Vamos a hacer subir a este cacharro casi hasta el mismo espacio.

El «radio» dio media vuelta y regresó a su puesto. No había hecho más que tomar asiento y colocarse el cinturón de seguridad, cuando sintió que el avión se inclinaba hacia arriba en un ángulo muy cerrado.

Benny, al igual que todos, tenía miedo.

Cada vez que al mirar las nubes observaba las siluetas de los portentosos bombarderos soviéticos se le formaba un nudo en la garganta.

—¡Se parte! —aulló una voz en sus auriculares, haciéndole estremecer.

—¡Se divide en dos!… ¡Cuidado, acaba de entrar en la atmósfera terrestre!

—¡Capitán! —gritó Benny, temblando como un títere.

—¡Calla, Benny; ya lo he escuchado!

El aparato siguió en su vertiginoso ascenso, atravesando nubes y más nubes hasta que penetró en un espacio despejado.

Bruscamente, la vieron...

Era la «Liberty»

Los gritos de alegría en el interior del bombardero americano fueron unánimes.

Y los aviones rusos comenzaron a esfumarse en el firmamento como si, de pronto, hubiesen perdido todo interés en la caza.

El llamado Benny se asomó a una de las escotillas y vio que la astronave se desprendía de uno de sus cohetes propulsores, el último, y tomaba un descenso inclinado, no vertical.

Hasta él llegó la voz del comandante del avión:

—¡Vamos tras él, muchachos!

Mientras el pedazo inútil de la «Liberty» caía como una bomba hacia el océano, los bombarderos siguieron la trayectoria del navío espacial.

Hacia los Estados Unidos.

* * *

Coulter y los dos personajes que le acompañaban, al corriente de todos los acontecimientos, salieron de la estancia en un verdadero tropel.

Los dos hombres que habían vigilado tras la puerta de acero miraron sorprendidos a los tres hombres y fueron tras ellos, corriendo como condenados.

—¡Es inaudito..., sorprendente! —aullaba Cooley.

Avanzaron por los largos pasillos. Otras personas, ataviadas con blancas batas, se les unieron desordenadamente hasta que alcanzaron uno de los ascensores.

Penetraron en él en tromba.

¡La astronave traía una dirección recta hacia Cabo Kennedy!

Nadie quería perderse el espectáculo de ver a Owen salir de ella.

Los angustiosos momentos de antes parecían haberse olvidado como por ensalmo, aunque la amenaza de guerra continuaba siendo tan latente como antes o más.

El personal científico de la base estaba sobrecogido. Para ellos era prácticamente imposible que el cosmonauta pudiese regresar de la Luna con los datos de la propia astronave y sin comunicación alguna con ellos.

Era imposible para Owen conocer distancias y magnitudes con tanta exactitud como para venir de aquella manera tan sumamente perfecta.

Había alegría, pero temor al mismo tiempo. Muchos empezaban a pensar que había algo de sobrenatural en todo aquello.

El Presidente y el confuso montón de gente que le acompañaba salieron a la superficie en el preciso instante en que un gigantesco paracaídas se abría en el cielo.

Las muecas de estupor eran tan completas que cabía pensar si todo no sería un sueño.

Según la trayectoria de caída, la astronave aterrizaría en una de las explanadas de la base.

—¡Rápido, un automóvil!

Uno de los hombres de su vigilancia personal se desprendió del grupo al oír sus palabras y fue en busca de lo que el Presidente reclamaba con tanta urgencia.

En un par de minutos regresó en el automóvil, con dos motoristas militares.

Coulter, Riley y Cooley subieron a él precipitadamente.

Sobre ellos, descendía la astronave. El choque contra el suelo sería brusco.

El Presidente se deshacía en imprecaciones, mientras el conductor maniobraba hábilmente para situar el vehículo cerca del punto de contacto de la nave.

El paracaídas de ésta alcanzó un punto en que el aire no ofrecía tanta resistencia y la caída se hizo más vertiginosa, temiendo los políticos y científicos que se destrozase al llegar al suelo.

—¡Se matará!

—¡Chófer, acérquese más aún!

El hombre que manejaba el volante palideció al escuchar la orden de Coulter y obedeció tímidamente.

Tras ellos sonaban las sirenas de otros vehículos que se acercaban con toda rapidez. Entre éstos habrían técnicos y especialistas en la materia.

De pronto, la puntiaguda nave tocó el suelo y la tierra tembló perceptiblemente. El automóvil en que viajaban los tres altos dirigentes de la nación se dirigió hacia allí.

La «Liberty» se había hundido un par de centímetros en el suelo y su fuselaje de acero parecía maltrecho por algunas partes, mientras el viento arrastraba el paracaídas.

Los hombres saltaron del automóvil, a tiempo de ver que la salida de la astronave se abría lentamente... ¡Y Steve Owen aparecía en el orificio!

Inmediatamente le rodearon, abrazándole y propinándole afectuosos golpes en la espalda.

Steve parecía alejado de aquellas muestras de alegría. Su rostro estaba terriblemente serio.

Alguien se colocó a su espalda y le quitó la escafandra.

—¡Ha conseguido la proeza más grande de la Humanidad, Owen!

—¿Y los rusos? —inquirió Cooley.

—No lo sé.

El astronauta miraba a su alrededor como si no comprendiese lo que le estaba sucediendo, como absorto en otros pensamientos mucho más profundos que las preguntas que le formulaban.

—¿No lo sabe?

—No.

—Entonces...

—¿Cómo ha logrado soslayar el campo de atracción lunar y penetrar en el nuestro con tanta maestría, Owen? —indagó ahora Coulter.

—Recordando los datos de cuando hice el viaje de ida.

Los hombres se miraron entre sí verdaderamente confusos.

—¿Qué ha visto en La Luna?... ¿Por qué no se comunicó con nosotros y dijo sus intenciones de regresar?

—Jamás pensé en volver hasta el último instante.

—¿…?

—Radioactividad, señores... ¡Montones de ella! Hasta las piedras parecen átomos desatados...

Steve dijo esto último a gritos, como si una bomba hubiese estallado dentro de él.

Los hombres que le rodeaban dieron un paso atrás aterrorizados,

mientras los ojos se abrían desmesuradamente al observar el rostro descompuesto del cosmonauta.

—¿Qué le sucede, Owen?

—¡Estoy contaminado!

El estupor y la sorpresa se cambiaron por puro miedo.

—¡Usted dijo que no la había! —increpó Cooley.

En aquel instante, los camiones y coches de los técnicos de la base llegaron hasta ellos haciendo alarde de frenos al detenerse bruscamente.

Dos de los recién llegados traían un aparato similar a una caja rectangular y fueron los primeros en acercarse al astronauta, llevando el aparato por delante y mirando sin cesar un manómetro existente en su lado superior.

Cooley seguía haciendo preguntas a Owen, pero éste no las contestaba.

—¡Radioactividad! —aulló uno de los hombres que transportaban el contador.

Ahora sí que todos se apartaron como si Steve fuese portador de una peste…

—¡Fuera…!

—¡Todo el mundo a los refugios!

Los técnicos se deshacían en gritos para poder aislar al astronauta. Los tres hombres que habían permanecido en la habitación secreta estaban derrumbados moralmente.

La sorpresa que había traído Owen era tan desconcertante que ninguno de ellos conseguía poner en orden sus ideas.

El único punto que les daba un poco de confianza era que a los rusos también les pasaría lo mismo.

—Owen… —dijo uno de los especialistas, a unos quince metros del aludido.

—Diga.

—Tiene que venir con nosotros.

—Lo sé…

—No tenga miedo y tampoco se asuste por estar contaminado. Poseemos medios suficientes para sacarlo del apuro.

Steve sonrió malévolamente.

—¿Me confunde con un niño fácil de engañar?

—No, le aseguro que es cierto…

—Mire, hombre, iré a donde ustedes gusten; pero no trate de darme esperanzas sobre una cosa que no tiene remedio. Ya ha visto la aguja de ese aparato y no ha subido más porque ya había llegado al tope. ¿O piensa que soy tonto?

—Yo no he dicho tanto como eso, Owen...

—Entonces lléveme cuanto antes a algún lugar que no sea aquí, bajo de la mirada de tanto estúpido.

El rostro de Steve expresaba una amargura enorme. Unas arrugas inciertas surcaban su piel envejeciéndole rápidamente.

—Sí, aguarde...

—¡Tengo prisa!

—Un poco de paciencia, Steve Owen; hay un vehículo especial en camino.

—Tengo prisa.

Los técnicos titubearon. No sabían qué hacer para mantener al astronauta tranquilo.

Por suerte para ellos, tardó muy poco en llegar un coche de forma extraña, con cierta similitud a los vehículos celulares de la policía, pero éste de lados completamente lisos y blancos. Las puertas traseras eran herméticas.

Owen, sin proferir palabra, caminó hacia la parte posterior del vehículo y penetró en él.

Los especialistas de la base se le apartaban siempre a una distancia mayor de los quince metros y le observaban interrogativamente, con claro temor en sus pupilas.

Todos se preguntaban lo que habría producido en Owen aquella musitada radioactividad.

—¡Al laboratorio! —ordenó uno de ellos al conductor.

Luego montaron en los mismos vehículos que los habían traído y siguieron al que llevaba al cosmonauta.

Toda la base estaba congestionada, los hombres corrían de un lado para otro. Nadie podía evitar cierto pánico, hasta cierto punto normal, pues cabía la sospecha de que Steve hubiese contraído gérmenes desconocidos, algo sumamente peligroso.

Owen fue conducido hasta el interior de Cabo Kennedy, en una de sus partes más profundas, y encerrado en una habitación—celda experimental, donde las paredes eran transparentes y su ocupante podía ser estudiado sin peligro de contaminación.

La astronave había sido colocada en otra nave similar, aunque mucho mayor, y permanecía allí en espera de una posterior revisión. Primero necesitaban que Owen hablase.

El joven se sentó en la silla existente en el centro de la habitación, único mueble que había en la estancia, y esperó.

Varios hombres estaban fuera de la habitación y le observaban apuntando datos en una libreta.

Coulter, acompañado por Riley y Cooley, aparecieron frente a él.

Owen se puso en pie al verlos.

—Hola, Steve… —habló el Presidente—. ¿Me conoce?

—Desde luego —replicó el joven sin mucho entusiasmo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Dentro de unos minutos vendrá el equipo de descontaminación y le sacará del apuro, Owen.

—No será necesario.

—¿Cómo dice?

—Voy a morir.

—No pierda la esperanza, Owen.

—Presidente, todos sabemos a ciencia cierta que no se puede descontaminar tanta radioactividad como yo llevo encima.

Los párpados de Steve estaban casi cerrados. Volvió a sentarse, dando muestras de agotamiento físico.

—¿Quiere que hablemos más tarde? —indagó Riley.

—No, ¿para qué?… Además tengo prisa por decirles algunas cosas. Después será tarde.

Los tres hombres se sintieron intranquilos. Estar delante de un moribundo que hablaba de aquella manera no era ni mucho menos tranquilizador para los nervios.

—¿Por qué se empeña en que morirá, Owen?

—Porque estoy seguro de ello… ¡Como también morirán todos ustedes dentro de poco!

—Es el cansancio que le hace delirar —siseó quedamente el máximo jefe de la Marina.

—Escuchémosle… —contestó Riley.

El Presidente permanecía callado, atento a las palabras y forma de expresión de Owen.

¡Coulter hubiese jurado que Steve hablaba con pleno sentido de

lo que estaba diciendo!

—¿Por qué lo dice, Owen? —añadió.

—Lo sé, Presidente.

—¿Qué ha visto en el satélite?

—Nada... ¡y mucho!

Coulter le miró fijamente.

—No acabo de comprenderle. Usted es un buen patriota, Owen; estoy seguro de ello.

—Siempre lo he demostrado, señor Presidente.

—Acláreme eso de que todos vamos a morir.

—¿No pensará creer lo que dice? —espetó Cooley.

—Déjeme hablar con él...

Max Cooley abatió la cabeza ante la seca respuesta y se limitó a poner sus sentidos en la conversación.

—¿Qué quiere decir con que ha visto mucho, Owen?

Coulter trataba de suavizar sus preguntas, hacerlas sin demasiado énfasis para no violentar al astronauta y que éste respondiese agriamente o de manera muy confusa.

—Usted tiene que decidir, Presidente.

—¿Sobre qué?

—Muchas cosas, entre ellas la vida y la muerte de muchos millones de seres humanos.

—¿Yo sólo?

—No, claro que no. Hay otros hombres que pueden obligarle a hacer cosas que a usted, particularmente, le desagraden; pero también las cosas pueden invertirse. ¿Entiende, ahora?

—Un poco, Steve.

—Usted es un hombre inteligente, Presidente; mucho más que yo. Por ello ocupa el primer cargo de la nación. Usted sabrá entenderme.

—¿Y los rusos?... ¿Qué me dice de ellos?

—¿Cuáles?

—Los que había en la Luna.

—Están bien.

—¿Siguen allí?

—La muchacha sí, pero el hombre regresó a la Tierra.

—¿También supo manejar la astronave como usted?

—¿Por qué no había de saberlo?... Juntos llegamos hasta el

Pacífico.

—¿Y por qué regresó si nosotros no se lo habíamos ordenado, Owen?

—Tenía que venir y avisarles de la radiactividad. Cuando ustedes me ordenaron que averiase la nave rusa, ellos, a su vez, lo hicieron con la mía.

Coulter tragó saliva.

Los científicos, que graduaban la atmósfera de la habitación en que se encontraba el joven, la irradiación calorífera del cuerpo de éste y un sin fin de cosas más, seguían tomando notas, al tiempo que meneaban las cabezas con gestos que no ofrecían lugar a dudas.

¡Steve Owen iba a morir!

—¿Cómo no la notó al llegar, Steve?

—No lo comprendo, señor. Hay todavía muchas cosas que nosotros no comprendemos. Lo que sí sé es que no se puede habitar la Luna y que todos los objetos que ustedes traigan de ella contaminarán la Tierra de algo que nuestros científicos desconocen.

»¡Esos gérmenes causarían una muerte lenta y corrosiva!

Coulter no pudo evitar un estremecimiento.

—Usted sabe cuánto nos interesa la Luna, Owen.

—Sí, pero no logro entender el motivo.

—Le hablaré claro: necesitamos la Luna para acabar la guerra en Vietnam y con las rencillas del bloque comunista.

—¿Realmente cree que es vital la posesión del satélite para acabar con todos esos asuntos?

De momento, Coulter no supo contestar. La pregunta era demasiado complicada.

—Bueno…

Owen se sentó. Había palidecido notablemente y empezaba a notarse los efectos de la radiactividad. Primero invade una gran somnolencia; luego, la destrucción de los tejidos orgánicos y finalmente la muerte.

—Vamos, tenemos mucho trabajo por delante —dijo, repentinamente, Coulter,

—¿No va a preguntarle más? —inquirió Riley.

—No, es suficiente.

Cooley y el representante del Senado se miraron estupefactos.

¿Qué diablos le ocurría al Presidente? Estaba visto que iban de

sorpresa en sorpresa.

—¿Se encuentra mal, Presidente? —increpó Cooley, andando tras él y colocándosele a un lado.

—No, de ninguna manera. Jamás me he encontrado mejor que ahora.

—¿Entonces?

—Mire, Cooley; quiero que olvide todo este problema y se cuide de preparar el entierro de Owen.

—¿Entierro?... ¡Si todavía no ha muerto!

—¿No comprende que durará muy poco tiempo? —Coulter meneó la cabeza con rabia. Y añadió—; Hemos necesitado dos vidas para comprender muchas cosas y quiero que la última sea enterrado con todos los honores de la nación.

«¡Todos Estados Unidos ha de saber del sacrificio de ese hombre, al que ustedes no le dan importancia!

—Sí, señor.

—Celebro que lo comprenda, Cooley... Ahora cuídese de lo que le he dicho y procure que con ello podamos pagar a Owen siquiera una mínima parte de lo que él ha hecho por nosotros.

—Sí, señor.

Coulter ya no habló más. Tal y como había dicho tenía muchas cosas que hacer y que arreglar. Con vivo paso, avanzó hacia la estancia en que anteriormente habían estado concentrados.

Atrás, muy atrás, en la habitación—celda, un hombre que había arriesgado su vida y que iba a morir permanecía en silencio, aunque con la cabeza alta y la mirada perdida en las máquinas que controlaban sus reacciones corporales.

Coulter había comprendido sus palabras, que era lo importante.

Owen tenía las piernas estiradas, las brazos caídos indolentemente, pero la cabeza erguida.

Él había cumplido con su deber.

De pronto, se levantó pareciendo haber cobrado nuevas fuerzas y miró a los técnicos, quienes estaban de espaldas a él. Su mano aferró la silla y la izó.

Los cristales de las paredes eran gruesos y duros. Eligió el de la puerta por parecerle más endeble. Sujetó la silla de hierro con ambas manos y la proyectó con toda su fuerza sobre los cristales.

El golpe fue horrendo. Una de las patas del asiento logró hacer

un orificio y toda la lámina transparente se desplomó como si hubiese estado suspendida en el aire.

Los técnicos civiles se volvieron hacia el lugar del ruido asustados y el espanto fue en aumento cuando vieron a Owen que salía de la habitación—celda y se situaba en el pasillo.

—¡Alarma!

—¡Peligro de contaminación!

En pocos segundos, los gritos lo inundaron todo. Despavoridos, los hombres que habían estado observándole corrieron hacia el aparato que ponía en funcionamiento la sirena de alarma para casos de mucha emergencia.

El gigantesco timbre ululó con un ruido que penetraba en los oídos y obligaba a tapar éstos para no quedarse ensordecido.

Owen, mientras, echó a correr por el pasillo, en dirección a los ascensores que comunicaban con la superficie.

—¡Es él! —gritó un hombre que había surgido ante Steve.

—Apártese —clamó Owen.

—¿Qué hace?... ¿Se ha vuelto loco?

—Rehúyame, idiota...

—No puede salir, contaminaría a mucha gente.

—¡Váyase!

Los ojos de Steve brillaban de tal manera que el hombre tembló de pies a cabeza.

—Sí..., sí.

Y se pegó a la pared como si ésta fuese su segunda piel.

Steve pasó a su lado como una exhalación. Las demás personas que salieron a su encuentro se le apartaron todo lo rápidamente que pudieron, escondiéndose como podían.

El miedo fue general; era como si un demente asesino hubiese penetrado en la base y vagase impunemente por ella matando por doquier y sin que nadie pudiese hacerle el menor daño.

De aquella forma, pronto se vio en la superficie. Atardecía entonces y los reflejos del sol palidecían notablemente, invadiendo la base con sombras oscuras.

Afuera, el ruido de las sirenas era más intenso. Algunos vehículos contra incendios habían salido de sus refugios y corrían por las desiertas pistas en espera de encontrar o saber el motivo de aquel alboroto general.

Steve corrió hacia uno de los hangares subterráneos.

—¡Es él!

A su espalda aumentaron los gritos de los hombres que lo iban reconociendo como el astronauta contaminado.

Uno de los vehículos dio todo el gas a su motor y emprendió una vertiginosa carrera hacia él, con intención de alcanzarlo cuanto antes.

IX

Alexiev Glinka tuvo un aterrizaje algo más suave que el de Steve, pues cayó sobre una capa de nieve de dos metros de espesor y ello amortiguó su caída.

Tanto en el Kremlin como en Novosibirsk habían detectado su llegada y ya lo esperaban llenos de ansiedad. Nicolai Shvernik, el jefe de gobierno, mandó que lo llevasen inmediatamente al aeropuerto, donde tomó un reactor del Ejército.

Mientras, Alexiev era atendido por un enjambre de personas, médicos, especialistas y astrólogos que parecían tener una interminable lista de preguntas que formularle.

De pronto, al penetrar en la base, los aparatos de seguridad detectaron radiactividad en gran escala. La alarma fue dada, pero Alexiev dejó pasmados a sus acompañantes al decirles:

—Yo soy el que ha traído la radiactividad.

La conmoción fue general y todos se apartaron de él apresuradamente. Sólo un hombre quedó a su lado.

—No se preocupe, Alexiev; saldrá de ésta.

El joven ruso denegó con la cabeza.

—Se equivoca, amigo; estoy condenado a muerte y nada podrá salvarme. —dijo con absoluta indiferencia.

El otro se envaró.

—¿No conoce nuestros medios de descontaminación?

—Sí. Por eso lo digo.

—¿Y Valya? —inquirió de pronto, el aturdido hombre, al observar que nadie sacaba a la joven científica de la astronave.

—Se quedó en la Luna.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído. Se contaminó mucho más que yo y creí

necesario abandonarla.

—Pero...

—Lo siento.

Los dos se habían detenido en su camino hacia los edificios achatados de la base. El de tierra miró al astronauta como si éste fuese un demente y añadió:

—¡Es inaudito!

—¿Y qué quería?... ¿Que trajese gérmenes nocivos a la Tierra? ¿Acaso conoce usted la clase de radiactividad que yo llevo encima? Puede incluso que le esté condenando a usted a muerte en este momento...

El especialista dio un paso atrás.

—Usted dijo que no había radiactividad... —balbuceó casi incoherentemente.

—Cierto, pero eso es precisamente lo que nos alarmó: Primero no la había y, a las pocas horas, Valya dio claras muestras de haberse contaminado.

—Sigo pensando que no debió dejarla allí...

Alexiev reanudó la marcha, dejando atrás al otro y anduvo desentendiéndose de sus preguntas.

—¡Espere!

—¿Qué ocurre!

—¡No puede caminar por ahí libremente!... ¡Tiene que ingresar en el proceso de descontaminación!

—¿Todavía no me ha entendido?... ¡Voy a morir!

Y antes de ello quiero proporcionarle todos los informes posibles.

El hombre, con la cara blanca como el papel, echó a andar tras él, al tiempo que decía:

—Sí, espere...

Juntos fueron al edificio principal, por el que descendieron a unas instalaciones subterráneas y que formaban la cabeza de control de la base espacial.

No había periodistas allí, por lo que los guardias armados de las salidas permanecieron impasibles, aunque en una vigilancia más cerrada.

La noticia de que Valya había muerto dejó a todos consternados, además del peligro de una radiactividad que los aparatos de la

cosmonave no habían detectado.

Alexiev, casi idénticamente a como le había ocurrido a Steve Owen, fue internado en una estancia de observación y los científicos empezaron a estudiarle como si fuera un bicho raro.

El jefe de gobierno había dado órdenes terminantes de que no se hiciese nada sin estar él delante, por lo que tardarían todavía varias horas en interrogarle debidamente.

Sin embargo, Alexiev no sabía nada de esto.

Simplemente, se vio solo mientras en la base preparaban el proceso completo de descontaminación, en método para casos muy graves.

Alexiev se sentía como un león enjaulado. Daba rápidos paseos por la reducida estancia y sus labios permanecían cerrados, aunque en su mente bullían muchos pensamientos.

Cosas que de haberlas dicho a los hombres de la base, éstos hubieran pensado que las incógnitas que había atravesado le habían trastornado el cerebro y ya no razonaba como un humano.

Él sabía que Valya no estaba contaminada.

¡Y sabía también muchas otras cosas que guardó para sí!

No había pasado inadvertido para él que Valya y Steve se miraban con agrado.

Sonrió.

Lo hizo enigmáticamente. Sí, su compañera y el americano formaban una buena pareja, a pesar de las circunstancias.

Entonces, una persona apareció ante Alexiev y le hizo abandonar sus misteriosos razonamientos.

Era una mujer, científica posiblemente, como Valya Grigorieva.

—¿Cómo se encuentra, Glinka?

Alexiev movió la cabeza en sentido afirmativo y sin contestar de palabra.

La recién llegada era alta, ligeramente morena y de ojos grises. Vestía de blanco, como era obligatorio allí, pero la bata era bastante ajustada.

Alexiev notó que se amoldaba a su cuerpo de una atrayente manera.

Se fijó en las piernas: eran largas y finas. Sin medias.

La mujer carraspeó nerviosamente y el hombre levantó la vista hasta su rostro, notando que éste se había sonrojado.

—Coronel, soy la doctora Sonia Witsin, especialista en radiactividad —adujo ella.

En su voz había cierto tono austero, quizá molesta por las miradas de Glinka.

—Encantado, señorita…

Sonia hizo un mohín.

—Me han enviado para estudiar su grado de contaminación, coronel.

—Ah, muy bien.

Alexiev no había sido nunca un conquistador. Los mejores años de su vida los había dado a la técnica espacial y al previo entrenamiento de astronaves.

Ahora, quizá viéndose ante las puertas de una muerte lenta y fría, se daba cuenta de que había cosas realmente buenas.

—¿Qué me dice de Valya Grigorieva, coronel? —preguntaba en aquel instante la doctora.

—Era una gran compañera y amiga.

—Me refiero a la contaminación que contrajo —corrigió Sonia Witsin.

—Noté lo que le ocurría cuando la comunicación con la Tierra estaba destruida.

—¿Dio muestra de algunos síntomas especiales?

—Sí, perdía la memoria y su piel iba tomando un color grisáceo, como si se estuviesen deshidratando sus tejidos.

Alexiev notó que la doctora tragaba saliva al escuchar aquello, posiblemente para evitar las bocanadas de su estómago.

—¿Algo más? —adujo, tras unos segundos de duda.

—Hablamos sobre ello.

—¿Sentía usted algo en aquel momento?

—No, de ahí que entre ambos decidiéramos que yo volviera solo. Ella podía traer bacterias desconocidas a la Tierra.

—Ya comprendo… Un gran rasgo de valor por parte de Valya Grigorieva.

—En efecto, es la mujer más valerosa que he visto en mi vida. Decidió morir en el satélite antes de causar un peligro irreparable a la Humanidad. Aunque todo ha sido inútil, doctora; yo he traído esas bacterias y voy a morir.

»Me gustaría hacerlo cuanto antes. Deberán incinerar mi cuerpo

y enterrar los restos en una tumba subterránea.

Sonia Witsin se estremeció de pies a cabeza.

—¿Le afectan mis palabras, señorita?

—No..., no... En absoluto. Pero no debí pensar así.

Ella tenía un bolígrafo en las manos y lo aferraba nerviosamente para así calmarse.

Dentro de las preocupaciones que tenía Alexiev, no le pasó por alto el que una doctora especialista en radiactividad se suponía que era una mujer curada de sustos.

—¿Qué han hecho con la astronave? —indagó Glinka.

—La han llevado a un hangar especial.

—Siento que todo haya salido mal... Parecíamos tener el triunfo en nuestro poder y...

—Eso es lo de menos, coronel. Es peor la muerte de la doctora Valya Grigorieva y que...

—... Que yo esté también condenado a muerte, ¿no es eso?

—Bueno yo no quise decir tanto.

—Es igual, doctora; para mí no es un secreto y ya me he resignado a ello. Por lo menos sabemos que la Luna es inhabitable y con ello ahorraremos la pérdida de otras vidas humanas.

»¿Estaban ya listas las otras astronaves?

—Sí, en la Pista de Lanzamiento 14 hay una con material científico.

Alexiev apretó los labios.

Hubiese jurado, que aparte de su belleza, la doctora Sonia Witsin era algo extraña.

Y lo más curioso era que Sonia pensaba lo mismo del comportamiento de Alexiev.

La punta posterior del bolígrafo describía amplios círculos al tomar Sonia las notas y cuando ésta se detenía para formular alguna pregunta al astronauta.

—Es todo —dijo ella, haciendo intención de dar media vuelta.

—Espere, doctora...

Los finos párpados de Sonia se abrieron más de lo debido, denotando sorpresa.

—¿Usted dirá, coronel?

Alexiev se acercó a la barrera de cristal que los separaba.

—¿Lleva mucho tiempo en la base, doctora?

Los ojos de Sonia se abrieron más aún.

—Dos años, coronel... ¿Le extraña algo?

—No, simplemente que no la había visto anteriormente.

—Pertenezco a la Sección de Radiactividad y los destinados allí no deambulamos mucho por la base.

—Ya comprendo.

—Sino le importa... Debo analizar los datos.

—No, ya puede marcharse... Pero quería decirle una cosa.

—¿Sí?

—En efecto, doctora; estoy esperando la visita del jefe de gobierno y sus acompañantes. Quisiera que una vez éstos se hayan marchado venga usted a verme de nuevo.

Sonia lo miró de soslayo, extrañada por la forma de hablar de un hombre que ha regresado de la Luna, ha visto morir a una compañera y que también está condenado a su vez.

¿Sería posible que lo hubiese notado?

—¿Por qué motivo, coronel?

—Es..., es algo particular...

—No está permitido. Además...

Alexiev apoyó la mano en el cristal y se acercó todo lo posible, mientras ella retrocedía instintivamente.

El bolígrafo cayó al suelo y la doctora se apresuró a tomarlo.

—Es usted valiente, Sonia Witsin.

—Yo...

—Recuerde que la espero después de que se hayan marchado los políticos.

Sonia no dijo más. Dando media vuelta, desapareció por el pasillo adelante y se perdió a la vista de Alexiev. El joven astronauta pudo escuchar sus presurosos pasos alejándose y sonrió.

Alexiev se apartó del cristal. El tiempo que faltaba para la llegada de Nicolai Shvernik se le iba a hacer demasiado largo.

¡Tenía prisa!

El coronel Glinka tenía una cita a 400.000 kilómetros de allí y no podía faltar.

Su piel iba adquiriendo un tono gris y feo. Fue hasta el cristal que convertía la estancia en una celda transparente y se miró detenidamente: ¡los mismos síntomas que Valya Grigorieva y Steve Owen!

¿Y Sonia Witsin?

Era bella y subyugante, pero había elegido un mal oficio.

¡El espionaje era un oficio peligroso y de funestas consecuencias, de haber un leve fallo!

* * *

Alexiev se hallaba todavía pensando en las muchas cosas que le tenían abstraído, cuando el grupo de hombres y mujeres penetraron en la estancia contigua y se le quedaron mirando detenidamente, con estupor y miedo a lo desconocido en las numerosas pupilas.

Nicolai Shvernik avanzó unos pasos y se situó frente a él. Por alguna parte habían rendijas ocultas y por ellas pasaban las voces de una estancia a otra.

—Coronel Glinka, me alegro de verle…

—Gracias.

—Es muy penoso que la camarada Valya no pueda estar entre nosotros, y también que usted esté contaminado.

—Hicimos todo lo que se nos ordenó.

—Más, coronel; bastante más.

—En la Luna no se puede vivir, ni siquiera por unas horas. La camarada Valya fue la primera en sufrir los extraños efectos, quizá porque su constitución física era más débil que la mía.

—Ya. Teníamos grandes esperanzas en el satélite.

Alexiev meditó bien sus próximas palabras. Su rostro se tornó más grave aún y dijo:

—Este fracaso obligará a cambiar muchas cosas.

—¿Qué quiere decir, coronel?

—Que no debemos pensar en la Luna para arreglar las cosas de la Tierra. Dos vidas ha costado comprenderlo, pero sería bien pagado si ustedes lo comprendieran así.

»De lo contrario, a Valya y a mí nos seguirían muchos miles.

—¿Por qué piensa así?

Alexiev se pasó la lengua por los resecos labios —síntomas de radiactividad— y añadió:

—En las largas horas de viaje por el espacio y la estancia en la Luna he podido pensar en ello. Valya Grigorieva también era de la misma opinión. No crea que lo digo porque voy a morir.

»De todas formas pensaba expresarles mis pensamientos.

—Le comprendo perfectamente, coronel; pero lo que usted dice es muy difícil de conseguir.

—No lo crea... «Ellos» también lo están deseando.

—¿Cómo lo sabe usted?

—A veces no hace falta ser jefe de una nación o poseer grandes cargos y responsabilidades para pensar en las cosas. Los hombres somos todos iguales.

Shvernik no supo qué contestar.

—¿No lo cree usted así?

—Posiblemente —asintió.

—Posible no, seguro...

—¿Y el astronauta americano?

—También está contaminado. Quizás a estas horas ya esté muerto.

—¿Cómo se explica que únicamente registráramos la entrada de una sola nave en la tracción terrestre si, como dice, venían juntos?

—Es muy sencillo. Para regresar no contábamos con medios de comunicación y corríamos el riesgo de perdernos en el cosmos. Por ello, para salvar un combustible que en un momento dado podía sernos vital, decidimos unir nuestras naves y ahorrar el alimento de los motores.

Shvernik se rascó el mentón. Él no era científico, pero tenía una idea de lo que era una nave espacial y sabía que conseguir lo que habían logrado Glinka y el americano era algo que pasaba el límite de lo posible.

—¿Entre los dos lo consiguieron?

—Sí...

—¡Es sorprendente!

—¿No le sugiere algo eso?

Shvernik achicó los párpados.

Alexiev notó que el jefe de gobierno tensaba los músculos faciales y su cara cambiaba de expresión.

¡La «indirecta» le había atrapado desprevenido!

—Sí, es posible.

—Me alegro que así sea... ¿Creería si le dijese que he vuelto a la Tierra solamente por ello, para que usted tuviera una luz dentro de tanta oscuridad?

—Le creo, coronel.
—Gracias. De todo corazón se lo agradezco.
—Haré lo posible porque su viaje no sea inútil.
—¿No se molestará si le digo que se apresure?... Los minutos son decisivos.
—No me molesto por ello, coronel. Todo lo contrario, sé que sus palabras son sinceras y que las dice por algo.
El grupo de personas que habían tras Shvernik miraban a los dos hombres sin comprender el significado de lo que éstos hablaban. Los más precoces fueron los únicos en intuir algo.
Y algunos pechos suspiraron con satisfacción.
—Me voy, coronel —añadió el jefe de gobierno.
—Sí, es mejor.
—Lamento no poder darle la mano, Glinka.
—No se preocupe, el deseo basta.
—Le recordaré siempre, camarada Glinka.
—Y yo, aunque le parezca extraño, moriré contento.
Los ojos hablaron en silencio durante unos escasos segundos, y, luego, Shvernik dio media vuelta y se encaró hacia el tropel de personas intrigadas y curiosas.
—Señores, volvemos al Kremlin inmediatamente.
Un murmullo de descontento se levantó en el grupo.
—¡Inmediatamente!
Y él mismo fue el primero en salir de allí. No se volvió hacia el cosmonauta, pero Alexiev sabía positivamente que el jefe del gobierno soviético estaba pensando en él y en sus palabras.
Glinka volvió a quedarse solo... y meditabundo.
Debía de hacer algo más y su misión estaría cumplida: Sonia Witsin, doctora en ciencia.
Vendría. Alexiev estaba seguro de ello, aunque sólo fuese por temor a que él la delatase.
El cosmonauta conocía muy bien los sistemas de seguridad de la base y sabía a ciencia cierta que Sonia no podría salir hasta que su grupo obtuviese el permiso quincenal de descanso.
De pronto, Sonia Witsin apareció en el otro lado del cristal. Venía sin el bloc y el bolígrafo.
—Me congratula verla de nuevo, doctora.
—Yo no puedo pensar lo mismo, coronel... —dijo ella,

despectivamente.

—Se equivoca si piensa que quiero aprovecharme de usted, Sonia. Sé que es valiente, su oficio lo demuestra. Y únicamente quiero que me ayude.

—¿A qué?

Sonia recelaba de las palabras de Alexiev.

—No tema. Le repito que no es mi deseo causarle daño alguno. Sólo intento escapar de aquí y para conseguirlo necesito de su ayuda. La manada de gente de «mucho seso» no tardará en aparecer y querrán que les conteste a un sin fin de cosas.

—¿A dónde pretende ir?... Está contaminado, puede contagiar a otras personas...

—No lo crea.

—No entiendo, coronel.

—¿Le gusto, doctora?

Ella dio un respingo y miró al astronauta boquiabierta.

—¿Delira usted, coronel?

—No, en absoluto... Pero, dígame con sinceridad, ¿se casaría usted conmigo?

—Es... ¡Está loco!

Alexiev sonrió picarescamente. Las dudas de Sonia eran más que suficientes para él.

—Vaya a la Pista de Lanzamiento 14 y averigüe si el cohete está preparado para salir.

—¿Cómo?

—No se inquiete. Más tarde le daré una explicación para que sus dudas queden apaciguadas.

Sonia siguió allí, de pie como una estatua.

—¡Vaya...!

—Sí... sí...

Se alejó por el mismo camino que había traído, mientras Alexiev reconocía que la joven tenía sus motivos para reaccionar de aquella manera completamente natural.

En su lugar, él hubiese hecho exactamente lo mismo.

Sus planes iban saliendo a la perfección. Faltaba saber si a Steve Owen también le había acompañado la suerte y si todavía continuaba en Cabo Kennedy.

Sonia Witsin regresó diez minutos más tarde. De su rostro aún

no se había marchado el espanto que le profería Alexiev.
—Sí, está lista —dijo.
—¿Y el personal?
—Todos se encuentran revisando la astronave que usted ha traído a su llegada.
—Estupendo.
—¿Qué se propone?
—Ábrame la puerta.
—Pero ¿sabe lo que dice?
—Ábrala sin temores a contaminación.
Ella balbuceó algo que no llegó a forjarse en palabras inteligibles y obedeció, no exenta de cierta timidez y miedo.
Alexiev Glinka atravesó el umbral.
Sonia retrocedió un par de pasos.
—Insisto en que no tenga miedo. Venga conmigo.
Él echó a andar deprisa. La falsa doctora pareció dudar de momento, pero luego —ella era la única que sabía los motivos, de momento—, le siguió.
Corrieron por unos desiertos pasillos. Ambos sabían perfectamente dónde se encontraba la Pista de Lanzamiento 14 y había miedo de perderse en aquel laberinto.
Tres minutos más tarde, alcanzaban el punto deseado. Un enorme cohete, con la proa hacia el cielo, surgió ante ellos. Una larga escalera corría a lo largo de las diversas fases motrices de la nave.
—¡Vamos!
Alexiev en primer lugar comenzó la ascensión. Podía haber usado alguno de los ascensores, pero con ello hubiesen llamado la atención de toda la base.
—¿Conoce algo de astronáutica, Sonia? —inquirió Alexiev, una vez hubieron llegado a la compuerta principal.
—Tengo ciertas nociones.
—Le propongo un viaje al espacio, ¿acepta?
El joven, que esperaba dudas o una negativa brusca ante lo que a todas luces parecía cosa de locura, recibió una de las mayores sorpresas de su vida:
—Sí.
La respuesta fue tajante, concisa.

—Me hace el más feliz de los hombres, Sonia.

Y luego, como alguien gritara al ver a Glinka en la nave, éste avanzó por la pasarela que unía el cohete a uno de los ascensores y apretó con fuerza uno de los timbres de alarma allí existentes.

¡Para que todo el mundo corriese al refugio en prevención de las llamas que pronto despedirían las toberas del proyectil!

X

El sargento Brian Fullerton dejó a un lado el fusil—desintegrador y se recostó en la pared contraria de la fortificación. Hubiese fumado un cigarrillo, pero para ello tenía que quitarse la escafandra y entonces las bacterias penetrarían en su cuerpo y moriría.

Sintió un inusitado asco.

¡También hubiese escupido con placer!

Sin embargo, no podía hacerlo. Aunque fuese una asquerosidad a él le hubiera calmado los nervios.

¿Qué habían hecho todos los demás soldados en todas las demás guerras?

Ellos podían fumar, aunque escondidos en una trinchera, y podían escupir al suelo con rabia cuando la guerra en que estaban metidos comenzaba a darles asco.

Pero no... ¡Fullerton no podía hacer eso siquiera!

Se limitó a soltar unos cuantos tacos de lo más groseros y a sentirse cada vez más nauseabundo.

Volvió la cabeza hacia la derecha. Veinte metros más allá estaba Andy Willman, el suplente de Jimmy éste muerto en «combate», a pesar de que el amigo y compañero de Fullerton, Jimmy, ni siquiera llegó a disparar su arma.

Un gas venenoso le habría entrado por la boca y las fosas nasales hasta llegar a los pulmones y allí hacerle la sangre y las tripas fosfatina.

¡Una muerte también asquerosa!

Fullerton se movió unos pasos y se acercó al recién incorporado, un muchacho barbilampiño, tembloroso y que siempre preguntaba si iba a pasar algo.

Andy Willman se extrañaba de que allí no sonasen disparos o de que ningún obús hiciese papilla las defensas de hormigón armado.

Seguramente que, al incorporarse, soñó con volver a su pueblo con un superficial rasguño de bala en un hombro, después de unos meses de victoriosos combates, e ilusionar a las chicas de su pueblo con aquella herida, en cuya acción quedó bien marcado su valor de soldado.

Después, al llegar allí y ver que todo era completamente diferente a como él lo había pensado, sólo sabía sentir las convulsiones de su estómago y gemir cuando una de las parejas de vigilancia no regresaba jamás.

Fullerton aproximó su escafandra a la de Andy y dijo:

—¿Cómo va eso, muchacho?

—Bien..., bien.

Brian notó que estaba pálido.

—¿Cuándo te llega el relevo?

El otro suspiró:

—Dentro de una hora.

—Bueno, es poca cosa —añadió Brian, quitándole importancia a la cosa.

—Sí, claro.

Willman hizo una mueca, imitando a uno de los veteranos y se recostó en el hormigón.

—¿No fumarías un cigarrillo?

—¡Desde luego!

—¿Tienes tabaco?

—No...

Fullerton fue a introducir su mano en la guerrera, con intención de relevarlo unos diez minutos. Quizás, así, Willman pudiese tranquilizar sus nervios.

Inopinadamente, dos soldados aparecieron por el pasillo frontal de la línea defensiva. Llevaban sus escafandras puestas, pero se les notaba la gesticulación de sus labios agitadamente.

—¿Qué ocurrirá? —inquirió Willman.

—A lo peor es un ataque nuclear...

Los otros dos llegaron a su altura y entonces, Fullerton y el recién incorporado, pudieron escuchar sus voces con perfecta claridad.

—¡Nos vamos! —gritaba uno.

—¡Volvemos a casa!

Fullerton contrajo las mandíbulas. Sus potentes músculos se tensaron como fuelles y la mano derecha voló hacia el uniforme de uno de los soldados.

—¿Qué hablas, estúpido?

—¡Digo la verdad! —gimoteó uno de los que habían traído la noticia, al sentir sobre sí las zarpas de Fullerton.

—¡No somos reclutas!... ¿Comprendes?

—¡Es cierto, digo lo que he visto!

—¿Y qué has visto? —gruñó Brian, incrédulo sobre las palabras de su víctima.

—Han llegado los camiones y están cargando a toda la tropa de las líneas defensivas posteriores.

—¿De verdad?

—Sí... ¡A nosotros nos llegará el tumo cuando los demás estén fuera!... Si no lo han hecho antes es porque estamos más alejados.

Fullerton soltó las ropas del azorado soldado. Su mente se hallaba confusa, embarcada en un maldito embrollo de ideas contradictorias.

Era imposible creer en tanta felicidad.

—¡Te mataré por mentir sobre una cosa tan seria!

—¡No miento!

De pronto, Brian Fullerton se volvió hacia Willman y le soltó un manotazo en el pecho.

Andy soltó un bufido y trastabilló.

—¡Andy, nos vamos a casa! —rugió el vozarrón de Fullerton.

El sargento cambió repentinamente. Toda la fuerza de un hombre sano y acostumbrada a los esfuerzos físicos resurgió en él y, en un brazado, rodeó a los tres hombres y los elevó medio metro del suelo.

—¡Yuupppiií...!

Willman reía y reía histéricamente.

¡No volvería a su pueblo con el rasguño en el hombro para presumir de soldado en el baile, pero conservaba el pellejo que era mucho más importante!

Un capitán vino por el pasillo, seguido de dos soldados, y gritó:

—¡Vamos, a formar fuera! ¡Con todo el equipo completo y antes

de sesenta segundos!

—¿Y la vigilancia, mi capitán? —preguntó un soldado, saliendo de una de las dependencias interiores.

—¡Al diablo la vigilancia, animal!

—¿…?

—¡Deprisa!… ¡Los «ruskys» ya van camino de sus casas y no vamos a consentir que sean ellos los primeros en abrazar a sus mujeres!

* * *

¡Y así era!

En aquel instante cientos de millares de hombres penetraban en aviones y barcos de carga, rumbo a los lugares de donde salieron, camino de los sitios que habían añorado en las noches y días de vigilancia.

La alegría era inmensa, general, desde el más alto al más pequeño sin distinciones de ninguna clase.

La vida volvía para todos… ¡Y había que aprovecharla!

Sólo los que habían caído no reirían o saltarían de contentos al ir hacia sus hogares; pero, a lo mejor, desde un lugar infinitamente más alto sonreían dichosos al ver que no habían muerto en vano.

¡También para ellos quedarían recuerdos!

Empero, faltaban cuatro personas; los cuatro seres que habían forjado aquella victoria de paz.

¿Reirían ellos también?

EPÍLOGO

Steve Owen manipuló en los motores de dirección de la astronave gemela a la «Liberty» que por primera vez le había llevado a la Luna y ésta se inclinó de costado y penetró en la atracción del satélite.

El joven miraba a través de las ventanillas para reconocer el terreno donde había quedado Valya Grigorieva.

Hubiera sido completamente natural que tardase días o semanas en encontrarla y, sin embargo, Steve adivinó el punto exacto a la

primera intentona.

¡Un detalle sorprendente de los muchos que habían ocurrido ya!

La nave comenzó a orbitar cada vez más cerca de la Luna y, llegado el momento preciso, picó de morro y se enfiló hacia ella directamente.

¡Ahora se comprendían las prisas de Owen!

Hizo girar el navío espacial hasta posarse suavemente y se colocó la escafandra con una rapidez vertiginosa.

Luego, salió.

Se encontraba en la llanura en la que él y Alexiev sostuvieron aquella pelea y en la que se conocieron los tres.

Steve saltó las piedras como si tuviese fuelles en las piernas.

De pronto, la vio.

¡Sí, seguía allí, inerte sobre el suelo!

Valya tenía los ojos abiertos y miraba al cielo como obsesionada. El joven americano se arrodilló sobre ella y la tomó en sus brazos todo lo dulcemente que le fue posible.

Con la diferencia de gravedad, el peso de Valya le pareció infinitamente ligero, aunque su marcha de regreso fue algo más lenta que la ida.

Pero no importaba el tiempo.

¡Ya tenían lo que habían buscado!… ¡Y también lo que les habían ordenado!

En contados minutos, Steve depositó a la joven en el suelo de la cabina de mando y graduaba de nuevo la atmósfera interior para poder quitarse las escafandras.

Se inclinó sobre Valya y le quitó la mascarilla transparente.

La joven ucraniana continuaba en el mismo estado, pero no tardaría en volver en sí.

Sobre el tablero de comunicaciones se encendió la luz de llamada. Steve fue hasta allí y tomó uno de los auriculares.

—¡Steve!

—¿Alexiev?

—¿Y quién si no?

Owen sonrió completamente satisfecho.

—¡No te esperaba tan pronto!

—Pues aquí estoy.

—¿Dónde?

—Orbitando sobre ti.

—¿Vas solo?

—¿Acaso crees que tú eres el único que tiene suerte con las mujeres, Steve?

* * *

Owen encendió los motores de nuevo y pronto la astronave se elevaba hacia el cosmos. A los pocos minutos, se introducía en la misma órbita que Glinka y, de la misma manera que llegaron a la Tierra, juntaron sus naves y emprendieron un largo, muy largo camino por el infinito.

Navegaron en la negrura del espacio durante largos días que a ellos les parecieron interminables, pero que llegaron a su fin.

Una gran bola apareció ante ellos, agrandándose paulatinamente a la velocidad en que se acercaban.

—¿No crees que se parece a la Tierra, Glinka? —preguntó Owen, por el auricular.

—Desde luego.

—¡Fíjate en aquellas manchas azules!

—Sí, las veo.

—Parecen océanos, mares inmensos...

—¡Mucho más grandes que el Pacífico!

Valya Grigorieva se acercó también a los visores y observó, extasiada, el maravilloso espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—¡Mirad eso, parecen venas!

—¡Son ríos! —contestó Glinka, desde la otra nave.

Conforme la bola se iba haciendo más grande, se convirtió en un planeta sobre el que destacaban los más diversos colores.

—¿Bajamos, Steve?

—¡De acuerdo!

Owen maniobró una vez más, mientras las mujeres no quitaban la vista del astro al que se dirigían. Las dos astronaves se separaron y ambas siguieron las mismas trayectorias.

—¿Dónde prefieres que bajemos, Alexiev?

—Donde tú quieras, Steve.

—¿Te parece bien un prado de hierba alta y fresca?

—¡Sí!

La contestación de Glinka fue como un rugido, lleno de ansiedad por llegar allí a su meta y saltar inundado de alegría y rebosante de felicidad por todos los poros de su cuerpo.

Owen orbitó hasta encontrar el lugar prometido a su amigo y, una vez en él, niveló la nave y se dejó llevar por la atracción de aquel planeta, cuyo nombre era ignorado.

Los potentes motores se convirtieron en frenos de descenso.

De poseer paracaídas individuales, todos se hubieran lanzando con ellos dejando que las astronaves orbitasen indefinidamente y sin ningún sentido práctico.

Porque ellos habían llegado allí para quedarse eternamente.

El choque brusco con el suelo fue como un grito de «a la carga» para ellos. En la nave de Owen, Grigorieva ya estaba junto a la puerta de salida y forcejeaba con las cerraduras hasta que consiguió abrirlas.

¡Una bocanada de aire templado y puro penetró en la nave como si les diese la bienvenida!

—Vamos, Steve —apremió ella.

—Espera, no seas impaciente… ¡Yo también ardo en deseos de salir y echar un vistazo a todo!

Abandonaron la astronave y descendieron al planeta desconocido, en el instante en que Glinka y Sonia posaban su vehículo una veintena de metros más a la derecha.

Antes de nada, Owen y Valya fueron al encuentro de ellos y los esperaron ansiosos de intercambiar opiniones.

La primera en descender fue Sonia, cuyo verdadero nombre era Vivian Motley, ¡natural de California!

Valya, en un gesto muy femenino, fue al encuentro de la otra mujer y ambas se abrazaron ilusionadas. No se conocían, pero… ¿qué importaba?

—Yo soy Valya.

—Y yo Vivian.

—¿Te ha explicado, Alexiev?

—Sí. Y me parece maravilloso que hayamos sido bendecidos con tanta suerte.

Bajo ellos tenían capa de hierba que les llegaba a los tobillos.

Steve y Glinka se reunieron con ellas y cada cual abrazó a su pareja con la misma alegría.

—¿Qué harán en el Tierra? —se le ocurrió preguntar a Owen.

—¡Millones de personas estarán pensando en el porqué de tan inusitada paz! —replicó Glinka.

—Me imagino las caras de muchos soldados que pronto abandonarán sus uniformes.

—¡Y en Novosibirsk creerán que me volví loco y tomé la nave para morir en el espacio!

—Mejor así —intervino Vivian.

—Sí, es cierto.

—Conmigo ocurrirá lo mismo. Grigorieva se supone que quedó en la Luna, a donde no se atreverán a ir jamás y Vivian será dada por desaparecida.

—De todas formas, me gustaría saber lo que hacen en estos momentos —adujo Glinka—. Pero nuestras naves no tienen ni un gramo de combustible y además ninguno de nosotros desea salir de aquí, ¿no es eso?

—¿Es cierto que a la mitad del camino ya no quedaba combustible? —quiso saber Vivian, intrigada.

—Por completo —respondió Owen.

—¿Y cuándo supisteis que éste era vuestro «deber»?

—En el momento en que Alexiev y yo estábamos peleando. ¿No es así, Glinka?

—Desde luego, fue en aquel instante.

Steve pasó el brazo alrededor de los hombros de Valya y añadió:

—De haber muerto uno de nosotros, la guerra en la Tierra hubiera sido segura. Y tampoco hubiésemos conseguido esta felicidad.

»Entonces comprendimos cuál era nuestra misión...

»Teníamos que desentendemos de nuestros problemas personales y tomar una decisión para bien nuestro y el de toda la Humanidad, como así ha sido —concluyó Steve.

Y Glinka le siguió en su explicación:

—Nuestros correspondientes jefes de nación han reaccionado bien.

»Los dos las entendieron y emprendieron el buen camino.

—¡Es maravilloso! —alborozó Valya—. ¡Fijaos en esas montañas y en los prados!

—Nos queda mucho trabajo por delante —dijo Alexiev.

—Y mucha paz —corroboró Vivian.

—¿Cómo llamaremos a este planeta? —indagó Steve.

—Yo opto por el de Tierra, como el «otro» —replicó Valya.

—¿Y vosotros?

—Igual que Grigorieva, Owen —replicó Glinka por Vivian y él.

—¡Estupendo!

Sin decir más, los cuatro avanzaron unos pasos por la abundante hierba y observaron extasiados todo a su alrededor. El planeta era casi idéntico a la Tierra.

Eran sus primeros pobladores y les esperaba un arduo camino por recorrer, aunque con los conocimientos que ellos poseían no les sería difícil la pacífica vida que Él les había preparado.

Realmente, estaban de suerte, mucha suerte.

¡Cuatro personas, buenas y sanas, poblarían un nuevo mundo que, quizá, mil años más adelante, tuviese así una población similar a la del Planeta Madre, pero más limpia y más unida!

De pronto, Valya se separó de Owen y fue junto a Vivian. Las dos mujeres se abrazaron.

Owen se volvió a Glinka y, bruscamente, los dos hombres estallaron en sonoras carcajadas. Ellas les miraban sonrientes, confiadas.

Entonces los dos ex astronautas se acercaron a las mujeres y cada cual besó a su pareja ¡para demostrar que su fidelidad y amor en Tierra II, serían eternos!

FIN

[1] Los famosos «B—52» de otro tiempo eran ya muy anticuados, inservibles en aquella guerra. (N. del A.)